Clásicos Básicos del Personalismo

nº 15

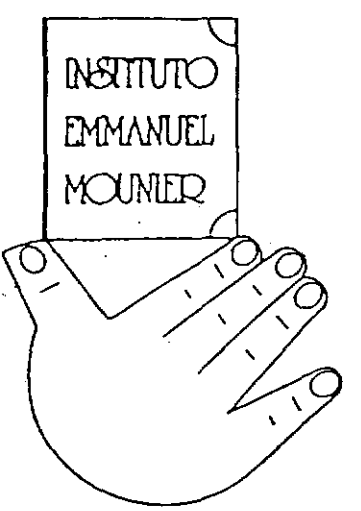
TRADICIÓN LIBERTARIA

Félix García

INSTITUTO EMMANUEL MOUNIER

TRADICIÓN LIBERTARIA

FELIX GARCÍA



Edición para uso interno del I.E.M.

Primera edición: **Noviembre de 1992.**

INSTITUTO EMMANUEL MOUNIER

C/Melilla 10, 8º D Tlfno: (91) 4731697

28005 - MADRID

INDICE

I. LOS PENSADORES ANARQUISTAS 5

II. REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS 7

III. PROUDHON 9

1. La propiedad 9
2. La explotación económica 10
3. De la desigualdad a la igualdad 10
4. Mutualismo 12
5. El principio federativo 13
6. Opresión y sumisión 15
7. El ideal anarquista 19

IV. BAKUNIN 22

1. Libertad 22
2. Solidaridad y justicia 25
3. Poder y opresión 27
4. Crítica al Estado 28
5. Nacionalismo y federalismo 31
6. Ciencia y Educación 33
7. Revolución 35

V. KROPOTKIN 38

1. El anarquismo 38
2. La moral 42
3. Apoyo mutuo y solidaridad 44
4. La ley y la justicia 46
5. La revolución 50
6. Comunismo libertario 53

VI. RICARDO MELLA 56

1. Libertad y autoridad 56
2. Leyes sociales, leyes morales 57
3. Anarquismo sin adjetivos 60
4. El colectivismo 62
5. Evolución y revolución 64

VII. DIEGO ABAD DE SANTILLAN 68

1. El anarquismo como ideal de la humanidad 68
2. Libertad de experimentación 70
3. Revolución integral 72
4. Lucha infinita contra la opresión y la explotación 75

I.LOS PENSADORES ANARQUISTAS

No es sencillo en absoluto elaborar una selección de textos de los pensadores anarquistas. Son muchos los que podríamos considerar pensadores importantes, dignos de ser incluidos en cualquier antología, y también son muchos los temas que trataron; los anarquistas fueron gente dada a la pluma haciendo de la edición de folletos y de artículos en miles de publicaciones periódicas un instrumento de propaganda de la idea. Tenían una gran confianza en la capacidad persuasiva de la palabra, más aún cuando ésta expresaba la verdad ideal por ellos propuesta. Parece necesario, por tanto, recurrir a unos criterios de selección que den un poco de coherencia a lo que intentamos presentar.

Hay un primer criterio que he venido defendiendo desde que empecé a publicar trabajos sobre el anarquismo, y de eso hace ya muchos años. Sólo incluyo en una antología anarquista a todos aquellos que han sabido reivindicar al mismo tiempo la total independencia individual, que nunca acepta ninguna imposición exterior y se rebela permanentemente contra cualquier intento de opresión. y la más consecuente solidaridad con todos los seres humanos. Si prescindimos de cualquiera de las dos dimensiones, perdemos lo más valioso y perdurable del anarquismo. No soy tan ingenuo como para no saber que han sido muchos los pensadores que se han movido próximos a los círculos libertarios o anarquistas y que han sido individualistas radicales, negando cualquier posibilidad de trabajo organizado y solidario para cambiar la sociedad. También sé que es frecuente ver su nombre y sus textos incluidos en estudios o antologías sobre el tema. Reconozco igualmente que leerlos sigue siendo un sano ejercicio para profundizar en ciertas ideas básicas del anarquismo. Pero a pesar de todo, creo que no hay que contar con ellos cuando se debe hacer una antología del pensamiento anarquista más genuino.

Un segundo criterio, lógica continuación del anterior, es que me he limitado a aquellos pensadores que estuvieron directamente vinculados al movimiento obrero o revolucionario de su época. Es decir, no he recurrido a ningún pensador que no hubiera desarrollado su pensamiento en contacto directo con los enfrentamientos y la lucha organizada que durante más de setenta años tuvieron lugar en toda Europa. El anarquismo, como tal cuerpo de pensamiento, es inseparable del movimiento obrero y nada hubiera sido sin realizaciones prácticas como la Asociación Internacional de Trabajadores o la Confederación Nacional del Trabajo.

He procurado restringir mi selección a los grandes autores, escogiendo sólo tres internacionales, los grandes padres fundadores: Proudhon, Bakunin y Kropotkin; y a

continuación otros dos autores españoles: Mella y Abad de Santillán, posiblemente los dos anarquistas españoles que realizaron una aportación teórica más valiosas y Pestaña. Como suele ocurrir en estos casos, es difícil garantizar que he seleccionado los textos más significativos, pero es absolutamente seguro que he dejado fuera infinidad de textos y multitud de autores que tendrían que haber estado y a los que sólo la limitación de espacio ha dejado fuera. En lo que a los temas se refiere, he procurado centrarme en los núcleos temáticos del anarquismo: la denuncia de la opresión y del estado, la defensa de fórmulas federativas de organización, la crítica de la explotación en el trabajo, las formas de enfrentamiento con el sistema establecido o la confianza en la educación y la propaganda. No hay, no obstante, una selección cerrada de temas, sino que he procurado ofrecer una visión global, insistiendo quizás algo más en las concepción de la sociedad, la historia y el ser humano que tenían los anarquistas clásicos. Se trata de que la persona que lea la antología se lleve algo del aroma que impregna y define el talante libertario

Y, como es fácil observar, me he quedado en el anarquismo clásico, el que va de Proudhon hasta el final de la revolución española. Siempre he manifestado que en 1937 se cierra todo un período histórico de enfrentamientos entre la burguesía y el proletariado y comienza una etapa nueva con muy diferentes características. Es cierto que después de esa fecha el anarquismo como fenómeno organizativo no ha tenido la continuidad y la fuerza en tuvo en su período clásico, aunque se podrían hacer importantes matizaciones, pero sería falso mantener que ha dejado de existir un pensamiento anarquista o libertario muy sugerente y de gran influencia en la configuración de una crítica de izquierdas, teórica y práctica, al desorden establecido. Desgraciadamente no es este el momento de recoger textos posteriores a 1940, pero al menos quiero dejar constancia de que me he parado en esa fecha por una decisión coherente y discutible, pero no porque después no haya anarquismo.

Llegado es el momento de parar esta introducción mínima y dejar la palabra a los clásicos.

II.REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

AR. ABAD DE SANTILLAN, D.: El *Anarquismo y la revolución en España. Escritos 1930-1936. Madrid: Ayuso, 1976.*

DE. BAKUNIN, M.: *Dieu et l'Etat.* París: Librairie Publico, s.f.

EAE. GARCIA MORIYON, F.: *Escritos anarquistas sobre educación.* Madrid: Zero, 1986

FML. MELLA, RICARDO: *Forjando un mundo libre.* Madrid: La Piqueta, 1978

FRI. KROPOTKIN, PEDRO: *Folletos Revolucionarios I. Edición, introducción y notas de R. N. Badwin. Barcelona: Tusquets, 1977.*

FRII. KROPOTKIN, PEDRO: *Folletos Revolucionarios II.* Edición, introducción y notas de R. N. Badwin. Barcelona: Tusquets, 1977.

MAX. BAKUNIN, M.: *El sistema del anarquismo.* Selección de Textos de G.P. Maximoff. Buenos Aires: Proyección, 1973

MZ. KROPOTKIN, P.: *Obras.* Edición a cargo de Martin Zemliak. Barcelona: Anagrama, 1977.

NDNA. GUERIN, D: *Ni dios ni amo (I). Antología del anarquismo.* Madrid: Campo Abierto, 1972.

OCIII. BAKUNIN, M.: *Obras completas.* T. III. Madrid: Júcar, 1977

PAE. GARCIA MORIYON, F.: *Pensamiento anarquista español: individuo y colectividad.* Madrid: Universidad Complutense, 1982

PF. PROUDHON, P.J.: *Propiedad y federación.* Estudio, notas y comentario de Carlos Díaz. Madrid: Narcea, 1972.

SD. DOLGOFF, SAM (Ed.): *La anarquía según Bakunin.* Barcelona: Tusquets, 1976.

ABAD DE SANTILLAN, D.: *El organismo económico de la revolución.* Madrid: Zero-Zyx, 1978

ABAD DE SANTILLAN, D.: *Estrategia y táctica.* Madrid: Júcar, 1976.

KROPOTKIN, P.: *El apoyo mutuo*. Algorta: Zero, 1970

KROPOTKIN, P.: *Campos, fábricas y talleres*. Algorta: Zero, 1972

KROPOTKIN, P.: *La moral anarquista*. Prol. de C. Díaz. Madrid: Júcar, 1978.

MELLA, R.: *La coacción moral*. Tierra y libertad, 1946

MELLA, R.: *Ideario*. Toulouse: CNT, 1975.

MELLA, R.: *La ley del número: contra el parlamento burgués*. Bilbao: Zero, 1976

MELLA, R.; LOMBROSO, C.: *Lombroso y los anarquistas*. Madrid: Júcar, 1978

PROUDHON, P.J.: *Sistema de las contradicciones económicas. Tomo I*. Madrid: Júcar, 1974

PROUDHON, P.J.: *Sistema de las contradicciones económicas. Tomo II*. Madrid: Júcar, 1974

PROUDHON, P.J.: El principio federativo. Madrid: Editora Nacional, 1977.

III.PIERRE JOSEPH PROUDHON

1. La propiedad

"Si tuvieras que contestar a la siguiente pregunta: «*¿Qué es la esclavitud?*», y respondiera en pocas palabras «*Es el asesinato*», mi pensamiento se aceptaría desde luego. No necesitamos de grandes razonamientos para demostrar que el derecho de quitar al hombre el pensamiento, la voluntad, la personalidad, es un derecho de vida y muerte, y que hacer esclavo a un hombre es asesinarlo.

¿Por qué razón, pues, no puedo contestar a la pregunta «qué es la propiedad» diciendo concretamente *la propiedad es un robo*, sin tener la certeza de no ser comprendido, a pesar de que esta segunda afirmación no es más que una simple transformación de la primera?

Me dedico a discutir el principio mismo de nuestro gobierno y de nuestras instituciones, la propiedad; estoy en mi derecho. Puedo equivocarme en la conclusión que de mis investigaciones resulte; estoy en mi derecho. Me place colocar el último pensamiento de mi libro en su primera página; estoy también en mi derecho."

Qué es la propiedad. PF, pag. 66s.

"El hombre todo lo ha creado menos la materia misma. Y respecto a esta materia sostengo que no puede tenerse más que la posesión y el uso, con la condición permanente del trabajo, por el cual únicamente se adquiere la propiedad de los frutos.

Está pues resuelto el primer punto: la propiedad del producto, aun cuando sea concedido, no supone la propiedad del medio; no creo que esto necesite demostración más amplia. Hay completa identidad entre el soldado poseedor de los materiales que se le confían, el pescador poseedor de las aguas, el cazador poseedor de los campos y los montes y el cultivador poseedor de la tierra. Todos ellos son, si se quiere, propietarios de los productos, pero ninguno es propietario de sus instrumentos. El derecho al producto es individual, exclusivo; el derecho al instrumento, al medio, es común."

Qué es la propiedad. PF, pag. 72s.

2. La explotación económica

"De igual modo que en otro tiempo el colono tenía el campo por la munificencia del señor, hoy debe el obrero su trabajo a la benevolencia y a las necesidades del propietario; es lo que se llama un poseedor a título precario. Pero esta condición precaria es una injusticia porque implica una desigualdad en la remuneración. El salario del trabajador no excede nunca de su consumo ordinario y no le asegura el salario del mañana, mientras que el capitalista halla en el instrumento producido por el trabajador un elemento de independencia y de seguridad para el porvenir.

Este fermento reproductor, este germen eterno de vida, esta preparación de un fondo y de instrumentos de producción, es lo que el capitalista debe al productor y lo que no le paga jamás, y esta detentación fraudulenta es la causa de la indigencia del trabajador, del lujo ocioso y de la desigualdad de condiciones. En esto consiste, especialmente, lo que tan propiamente se ha llamado explotación del hombre por el hombre."

Qué es la propiedad. PF, pag. 81.

"*Divide et impera*: divide y vencerás; divide y llegarás a ser rico; divide y engañarás a los hombres, seducirás su razón y te burlarás de la justicia. Aislad a los trabajadores, separadlos uno de otro y es posible que el jornal de cada uno exceda del valor de su producción individual; pero no es esto de lo que se trata. El esfuerzo de mil hombres actuando durante veinte días se ha pagado igual que el de uno solo durante cincuenta y cinco años; pero este esfuerzo de mil ha hecho en veinte días lo que el esfuerzo de uno solo, durante un millón de siglos, no lograría hacer. ¿Es equitativo el trato? Hay que insistir en la negativa una vez más. Cuando habéis pagado todas las fuerzas individuales, dejáis de pagar la fuerza colectiva; por consiguiente, siempre existe un derecho de propiedad colectiva que no habéis adquirido y que disfrutáis injustamente."

Qué es la propiedad. PF, pag. 82.

3. De la desigualdad a la igualdad

"Todos los trabajos no son igualmente fáciles. Algunos exigen una gran superioridad de talento e inteligencia, superioridad que determina un mayor precio. El artista, el sabio, el poeta, el hombre de Estado, son apreciados en razón de un mérito superior, y este mérito destruye toda igualdad entre ellos y los demás hombres. Ante las manifestaciones elevadas de la ciencia y del genio, desaparece la ley de igualdad. Y si la igualdad no es absoluta, no hay tal igualdad. Del poeta descendemos al escritor insignificante; del escultor, al cantero; del arquitecto, al albañil; del químico, al cocinero, etc. Las capacidades se dividen y subdividen en órdenes, en géneros y en especies. Los talentos superiores se relacionan con los inferiores por otros intermedios. La humanidad ofrece una extensa

jerarquía en la que se aprecia al individuo en comparación y se determina su valor por la opinión que alcanza lo que produce.

Esta objección ha parecido siempre formidable. Es el obstáculo insuperable de los economistas y los partidarios de la igualdad. A los primeros los ha inducido a grandes errores, y ha hecho vacilar a los segundos en increíbles minucias. Graco Babeuf pretendía que toda superioridad fuese *reprimida severamente* y aun *perseguida como un peligro social*. Para asegurar el edificio de su comunidad, rebajaba a todos los ciudadanos al nivel del más pequeño. Se ha visto a gentes ignorantes rechazar la desigualdad en la ciencia, y nada me extrañaría que se insurreccionasen algún día contra la desigualdad de los méritos. (...)

"En una sociedad de hombres, las funciones son distintas unas de otras. Deben, pues, existir capacidades también diferentes. Además, determinadas funciones exigen una mayor inteligencia y facultades sobresalientes y, para realizarlas, existen individuos de un talento superior."

Qué es la propiedad. PF, pag. 91ss.

"Algunos filósofos, amantes de la nivelación, afirman que todas las inteligencias son iguales y toda la diferencia que hay entre ellas proviene de la educación. Estoy muy lejos, lo confieso, de tener esa opinión que, por otra parte, conduciría a un resultado completamente contrario al que se propone. Porque si las capacidades son iguales, cualquiera que sea su intensidad, las funciones más repugnantes, más viles y despreciadas, no pudiendo obligarse a nadie a su ejecución, habían de ser las mejor retribuidas, lo cual repugna a la igualdad tanto como al principio *a cada uno según sus obras*. Dadme, por el contrario, una sociedad en la que cada talento esté en relación numérica con las necesidades y en que no se exija a cada productor más de lo que su especialidad le permita producir, y respetando escrupulosamente la jerarquía de las funciones deduciré de ella la igualdad de las fortunas."

Qué es la propiedad. PF, pag. 94s.

"He afirmado antes que el médico no puede ser peor retribuido que cualquier otro productor, que no debe quedar por bajo de la igualdad no me detendré a demostrarlo. Pero ahora añado que tampoco puede elevarse por cima de esa misma igualdad, porque su talento es una propiedad colectiva que no ha pagado y de la que siempre será deudor. Así como la creación de todo instrumento de producción es el resultado de un esfuerzo colectivo, el talento y la ciencia de un hombre son producto de la inteligencia universal y de una ciencia general lentamente acumulada por multitud de sabios, mediante el concurso de un sinnúmero de industrias inferiores. Aun cuando el médico haya pagado a sus profesores, sus libros, sus títulos y satisfecho todos sus gastos, no por eso puede decirse que ha pagado su talento, como el capitalista tampoco ha pagado su finca y su palacio con el salario de sus obreros. El hombre de talento ha contribuido a producir en sí mismo un instrumento útil, del cual es coposeedor, pero no propietario. A un mismo

tiempo existen en él un trabajador libre y un capital social acumulado. Como trabajador es apto para el uso de un instrumento, para la dirección de una máquina, que es su propia capacidad. Como capital no se pertenece, no debe explotarse en su beneficio, sino en el de los demás hombres."

Qué es la propiedad. PF, pag. 106s.

"El artista, el sabio, el poeta, reciben su justa recompensa sólo con que la sociedad les permita entregarse exclusivamente a la ciencia y al arte. De modo que en realidad no trabajan para ellos, sino para la sociedad que les ha instruido y les dispensa de otro trabajo. La sociedad puede en rigor pasarse sin prosa, ni versos, ni música, ni pintura; pero no puede estar un solo día sin comida ni alojamiento.

Es indudable que el hombre no vive sólo de pan. Vive también, según el Evangelio, *de la palabra de Dios*, es decir, debe amar el bien y practicarle, conocer y admirar lo bello, contemplar las maravillas de la naturaleza. Mas para cultivar su alma es preciso que comience por mantener su cuerpo. (...) Cuando la sociedad, fiel al principio de la división del trabajo, encomienda a uno de sus miembros una labor artística o científica, haciéndole abandonar el trabajo común, le debe una indemnización por cuanto le impide producir industrialmente; pero nada más. Si el designado pidiera más, la sociedad, rehusando sus servicios, reduciría sus pretensiones a la nada. Y entonces, obligado para vivir a dedicarse a un trabajo para el cual la naturaleza no le dio aptitud alguna, el hombre de talento conocería su imperfección y viviría de un modo miserable. (...)

Hasta que el pueblo, después de haber deliberado sobre la cuantía de los salarios de todos los artistas, sabios y funcionarios públicos, no haya expresado su voluntad, juzgando con conocimiento de causa, la retribución de Mlle. Rachel y de todos sus compañeros será una contribución forzosa, satisfecha por la violencia para recompensar el orgullo y entretener el ocio. Sólo porque no somos libres ni suficientemente instruidos, es hoy posible que el trabajador pague las deudas que el prestigio del poder y el egoísmo del talento imponen a la curiosidad del ocioso, y que suframos el perpetuo escándalo de esas desigualdades monstruosas, aceptadas y aplaudidas con entusiasmo por la población.

La nación entera y sólo la nación paga a sus autores, a sus sabios, a sus artistas y a sus funcionarios, cualquiera que sea el conducto por que reciban sus ingresos. ¿Con arreglo a qué base debe pagárseles? Con sujeción a la de igualdad."

Qué es la propiedad. PF, pag. 108ss.

4. Mutualismo

"Pero... ¿cuál será la fórmula de esta ecuación? Después de todo lo dicho, ya podemos entreverla: debe ser una ley de *cambio*, una teoría de MUTUALIDAD, un sistema de garantías que resuelva las formas antiguas de nuestras sociedades civiles y comerciales, y que satisfaga a todas las condiciones de eficacia, de progreso y de justicia que ha

señalado la crítica; una sociedad no sólo convencional, sino real; que cambie la división parcelaria en instrumento de ciencia; que suprima la servidumbre de las máquinas y prevenga las crisis de su aparición; que haga de la competencia un beneficio, y del monopolio una garantía de seguridad para todos; que, por la fuerza de su principio, en vez de pedir crédito al capital y protección al Estado, someta al trabajo el capital y el Estado; que por la sinceridad del cambio, cree una verdadera solidaridad entre los pueblos; que, sin prohibir la iniciativa individual ni el ahorro doméstico, devuelva constantemente a la sociedad las riquezas que la apropiación retira; que por este movimiento de *entrada* y *salida* de los capitales, asegure la igualdad política e industrial de los ciudadanos, y por un vasto sistema de educación pública, elevando siempre su nivel, favorezca la igualdad de las funciones y la equivalencia de las aptitudes; que, por la justicia, el bienestar y la virtud, renovando la conciencia humana, asegure la armonía y el equilibrio de las generaciones; una sociedad, en fin, que, siendo organización y transición a la vez, se salve de lo provisional, garantice todo y no comprometa nada..."

Sistema de las contradicciones económicas, vol. II, p. 357

5. El principio federativo

"El contrato político no adquiere toda su dignidad y moralidad sino bajo la condición: 1º, de ser *sinalagmático* y *conmutativo*; 2º, de estar encerrado, en cuanto a su objeto, dentro de ciertos límites, condiciones ambas que se supone que existen bajo el régimen democrático, pero que aun en este régimen no son las más de las veces sino ficticias. ¿Puede acaso decirse que en una democracia representativa y centralizadora, en una monarquía constitucional y censataria y mucho menos en una república comunista como la de Platón, sea igual y recíproco el contrato político que une al individuo con el Estado? ¿Puede decirse que ese contrato, que toma a los ciudadanos la mitad o las dos terceras partes de su soberanía y la cuarta de sus productos, esté encerrado dentro de justos límites? ¿No sería más verdadero decir, cosa que la experiencia sobradas veces confirma, que en todos esos sistemas es el contrato exorbitante, *oneroso*, puesto que carece de compensación para una más o menos considerable parte de ciudadanos, y *aleatorio*, puesto que el beneficio prometido, ya de suyo insuficiente, dista de estar asegurado?

Para que el contrato político llene la condición de sinalagmático y conmutativo que lleva consigo la idea de democracia; para que encerrado dentro de prudentes límites sea para todos ventajoso y cómodo, es indispensable que el ciudadano, al entrar en la asociación: 1º, pueda recibir del Estado tanto como le sacrifica; 2º, conserve toda su libertad, toda su soberanía y toda su iniciativa en todo lo que no se refiere al objeto especial para que se ha celebrado el contrato y se busca la garantía del Estado. Arreglado y comprendido así el contrato político, es lo que yo llamo una *federación*."

El principio federativo, p.119-121

"En eso está toda la ciencia constitucional que voy a resumir en tres proposiciones:

1ª. Conviene formar grupos, ni muy grandes ni muy pequeños, que sean respectivamente soberanos y unirlos por medio de un pacto federal.

2ª. Conviene organizar en cada Estado federado el gobierno con arreglo a la ley de separación de órganos o de funciones; esto es, separar en el poder todo lo que sea separable, definir todo lo que sea definible, distribuir entre distintos funcionarios y órganos todo lo que haya sido definido y separado, no dejar nada indiviso, rodear por fin la administración pública de todas las condiciones de publicidad y vigilancia.

3ª. Conviene que en vez de refundir los Estados federados o las autoridades provinciales y municipales en una autoridad central, se reduzcan las atribuciones de ésta a un simple papel de iniciativa, garantía mutua y vigilancia, sin que sus decretos puedan ser ejecutados sino previo el visto bueno de los gobiernos confederados y por agentes puestos a sus órdenes, como sucede en la monarquía constitucional, donde toda orden que emana del rey no puede ser ejecutada sin el refrendo de un ministro."

El principio federativo, p.129.

"Del mismo modo que, desde el punto de vista político, pueden confederarse dos o más Estados independientes para garantizarse mutuamente la integridad de sus territorios o para la protección de sus libertades, bajo el punto de vista económico cabe confederarse, ya para la protección recíproca del comercio y de la industria, que es la que se llama *unión aduanera*, ya para la construcción y conservación de las vías de transporte, caminos, canales, ferrocarriles, ya para la organización del crédito, de los seguros, etc. El objeto de esas confederaciones particulares es sustraer a los ciudadanos de los estados contratantes a la explotación capitalista y bancocrática, tanto de dentro como de fuera; forman por su conjunto, en oposición el feudalismo económico que hoy domina, lo que llamaré *federación agrícolaindustrial*.

(...) El feudalismo mercantil e industrial se propone consagrar por medio del monopolio de los servicios públicos, del privilegio de la instrucción, de la extremada división del trabajo, del interés de los capitales, de la desigualdad del impuesto la degradación política de las masas, la servidumbre económica o el salario; en una palabra, la desigualdad de condiciones y de fortunas. La federación agrícola-industrial, por el contrario, tiende a acercarse cada día más a la igualdad por medio de la organización de los servicios públicos hechos al más bajo precio posible por otras manos que las del Estado, por medio de la reciprocidad del crédito y de los seguros, por medio de la garantía de la instrucción y del trabajo, por medio de una combinación industrial que permita a cada trabajador pasar de simple peón a industrial y artista, de jornalero a maestro.

(...) Considerada en sí misma, la idea de una federación industrial que venga a servir de complemento y sanción a la política está ostensiblemente confirmada por los principios de la economía política. Es la aplicación en su más alta escala de los principios

de reciprocidad, de división de trabajo y de solidaridad económica, principios que resultarían entonces convertidos en leyes del Estado por la voluntad del pueblo."

El principio federativo, p.150s.

6. Opresión y sumisión

"¡Oh, personalidad humana! ¡Cómo es posible que durante sesenta siglos hayas caído en esta abyección! Tú te dices santa y sagrada, pero no eres más que la prostituta infatigable, gratuita, de tus criados, de tus monjes y de tus militarotes. ¡Lo sabes y lo sufres! Ser gobernado es ser vigilado, inspeccionado, espiado, dirigido, legislado, reglamentado, encasillado, indoctrinado, sermoneado, fiscalizado, estimado, apreciado, censurado, mandado por seres que no tienen ni título, ni ciencia, ni virtud.

Ser gobernado significa, en cada operación, en cada transacción, ser anotado, registrado, censado, tarifado, timbrado, tallado, cotizado, patentado, licenciado, autorizado, apostillado, amonestado, contenido, reformado, enmendado, corregido. Es, bajo pretexto de utilidad pública y en nombre del interés general, ser puesto a contribución, ejercido, desollado, explotado, monopolizado, depredado, mistificado, robado; luego, a la menor resistencia, a la primera palabra de queja, reprimido, multado, vilipendidado, vejado, acosado, maltratado, aporreado, desarmado, agarrotado, encarcelado, fusilado, ametrallado, juzgado, condenado, deportado, sacrificado, vendido, traicionado y, para colmo, burlado, ridiculizado, ultrajado, deshonrado. ¡He aquí el gobierno, he aquí su moralidad, he aquí su justicia! ¡Y pensar que hay a nuestro lado demócratas que pretenden que el gobierno es bueno; socialistas que sostienen, en nombre de la libertad, de la igualdad, de la fraternidad, esta ignominia; proletarios que presentan su candidatura a la presidencia de la República! ¡Hipocresía!"

Ideal general de la revolución en el siglo XIX. NDNA, p. 88s.

"El pueblo, en la vaguedad de su pensamiento, se contempla como una gigantesca y misteriosa existencia, y no halla a la verdad en su lenguaje nada que no lo afirme en la opinión de su indivisible unidad. Se llama a sí mismo el pueblo, la nación, es decir, la multitud, la masa; es el verdadero soberano, el legislador, el poder, la dominación, la patria, el Estado; tiene sus asambleas, sus escrutinios, sus tribunales, sus manifestaciones, sus declaraciones, sus plebiscitos, su legislación directa; algunas veces sus juicios y sus ejecuciones, sus oráculos, su voz parecida al trueno, la gran voz de Dios. Cuanto más innumerable, irresistible e inmenso se siente, tanto más horror tiene a las divisiones, a las escisiones, a las minorías. Su ideal, su más deleitable sueño, es unidad, identidad, uniformidad, concentración,; maldice como atentatorio contra su majestad todo lo que puede disgregarle, dividir su voluntad, crear en él diversidad, pluralidad, divergencia.

Toda mitología supone ídolos, y el pueblo no deja nunca de tenerlos. Como Israel en el desierto, se improvisa dioses cuando nadie se toma el trabajo de dárselos; tiene sus

encarnaciones, sus mesías, sus dioses. (...) El pueblo se muestra hasta celoso por esos ídolos, la mayor parte tan vacíos de ideas y tan faltos de conciencia como él mismo; no tolera que se los discutan ni se los contradigan, y, sobre todo, no les regatea el poder. No toquéis a sus ungidos, o vais a ser tratados de sacrílego.

Lleno el pueblo de sus mitos y considerándose una colectividad esencialmente indivisa, ¿cómo había de coger de buenas a primeras la relación que une al individuo con la sociedad? ¿Cómo, bajo su inspiración, habían de poder dar los hombres de Estado que le representan la verdadera fórmula de gobierno? Donde reina en su cándida sencillez el sufragio universal, se puede asegurar de antemano que todo se hará en el sentido de la indivisión (...) De esa elección indivisa sale naturalmente una asamblea indivisa, que delibera y legisla como un solo hombre. Ya que los votos se dividen, la mayoría representa sin disminución alguna la unidad nacional. De esa mayoría sale a su vez un gobierno indiviso, que habiendo recibido sus poderes de la nación indivisible, está también llamado a administrar colectiva e indivisamente sin espíritu de localidad, ni intereses de grupo. Así es como deriva del idealismo popular el sistema de centralización, de imperialismo, de comunismo, de absolutismo, palabras sinónimas; así es como en el pacto social, tal como lo concibieron Rousseau y los jacobinos, el ciudadano se desprende de su soberanía, y el municipio, el departamento y la provincia, absorbidos sucesivamente en la autoridad central, no son más que agencias puestas bajo la inmediata dirección del ministerio.

Las consecuencias no tardan en dejarse sentir: despojado de toda dignidad el ciudadano y el municipio, se multiplican las usurpaciones del Estado y crecen en proporción las cargas del contribuyente. No es ya el gobierno para el pueblo, sino el pueblo para el gobierno. El poder lo invade todo, se apodera de todo, se lo arroga todo para siempre jamás: guerra y marina, administración, justicia, policía, instrucción pública, obras y reparaciones públicas,; bancos, bolsas, crédito, seguros, socorros, ahorros, beneficencia, bosques, canales, ríos; cultos, hacienda, aduanas, comercio, agricultura, industria, transportes. Y coronado todo por una contribución formidable, que arranca a la nación la cuarta parte de su producto bruto. El ciudadano no tiene ya que ocuparse sino en cumplir allá en su pequeño rincón su pequeña tarea, recibiendo su pequeño salario, educando a su pequeña familia, y confiándose para todo lo demás a la providencia del gobierno."

El principio federativo, p.138ss.

La idea gubernamental nació, pues, de las costumbres familiares y de la experiencia doméstica: ninguna protesta se produjo entonces, el gobierno parecía tan natural a la sociedad como la subordinación entre el padre y sus hijos. Por ello, L. de Bonald pudo decir, con razón, que la familia es el embrión del Estado, cuyas categorías esenciales reproduce: el rey en el padre, el ministro en la madre, el súbdito en el hijo. Por ello también las sociedades fraternas que adoptan a la familia como modelo de la sociedad, llegan siempre a la dictadura, que es la forma más exagerada de gobierno. La administración de Cabet en sus estados de Nauvoo es un bello ejemplo de esto. ¿Cuánto tiempo

necesitaremos aún para comprender esa filiación de ideas? La concepción primitiva del orden por el gobierno pertenece a todos los pueblos; y si, desde el origen, los esfuerzos que han sido hechos para organizar, limitar, modificar, la acción del poder, apropiarla a las necesidades generales y a las circunstancias demuestran que la negación estaba implicada en la afirmación, es cierto que ninguna hipótesis rival ha sido pronunciada; el espíritu ha sido por doquier el mismo. A medida que las naciones han salido del estado salvaje y de la barbarie, se las ha visto inmediatamente comprometerse en la vía gubernamental, recorrer un círculo de instituciones siempre las mismas, y que todos los historiadores y publicistas colocan bajo estas categorías, sucedáneas unas a otras, de monarquía, aristocracia, democracia.

He aquí por qué, hasta nuestros días, incluso las revoluciones más emancipadoras y todas las efervescencias de la libertad han llegado constantemente a un acto de fe y de sumisión al poder; todas las revoluciones no han servido más que para reconstituir la tiranía: no exceptúo ni la constitución del 93 ni la del 1848, las dos expresiones más avanzadas, pese a todo, de la democracia francesa.

Lo que ha posibilitado esta predisposición mental y hecho durante tan largo tiempo invencible la fascinación es que, como continuación de la analogía supuesta entre la sociedad y la familia, el gobierno se ha presentado siempre a los espíritus como el órgano natural de la justicia, el protector del débil, el conservador de la paz. Por esta atribución de providencia y de alta garantía, el gobierno echa raíces en los corazones, así como en las inteligencias. Forma parte del alma universal, la fe, la superstición íntima e invencible de los ciudadanos. Si un día llega a debilitarse, se dice de él como de la religión y de la propiedad: no es la institución lo que es malo, sino el abuso. No es el rey quien es malvado, sino sus ministros: «*Ah, si el rey supiese...*»

Así, al hecho jerárquico y absolutista de una autoridad gobernante, se unía un ideal que habla al alma y que conspira incesantemente contra el instinto de igualdad y de independencia: en tanto que el pueblo, en cada revolución, siguiendo las inspiraciones de su corazón, creía reformar los vicios de su gobierno, era traicionado por sus mismas ideas, pues creyendo poner el poder a su servicio, lo tenía siempre en realidad contra sí, y en lugar de un protector, se daba un tirano."

Idea general de la revolución en el s. XIX. NDNA, p. 73s.

"No veo por qué yo mismo habría de someterme a la ley. ¿Quién me garantiza la justicia, la sinceridad? ¿De dónde me viene ella? ¿Quién la ha hecho? Rousseau enseña en términos propios que, en un gobierno verdaderamente democrático y libre, el ciudadano, al obedecer a la ley, no obedece más que a su propia voluntad. Ahora bien, la ley ha sido hecha sin mi participación, pese a mi disentimiento absoluto, pese al perjuicio que me ha hecho sufrir. El Estado no trata conmigo, no cambia nada, me roba. ¿Dónde está, pues, el vínculo, vínculo de conciencia, vínculo de razón, vínculo de pasión o de interés, que me obligue?

Pero ¿qué digo? ¿Leyes a quien piensa por sí mismo y no ha de responder más que de sus propios actos, leyes a quien quiere ser libre y se siente hecho para el devenir? Yo estoy presto a hacer tratos, pero no quiero leyes; no reconozco ninguna ley; protesto contra todo orden que busque un poder de pretendida necesidad para imponerse a mi libre arbitrio. ¡Leyes! Sabemos lo que son y lo que valen. Telas de araña para los poderosos y los ricos, cadenas que ningún acero podría romper para los pequeños y los pobres, redes de pesca entre las manos del gobierno.

Decís que se harán pocas leyes, que serán simples, buenas. Nueva concesión. ¡El gobierno se declara culpable si confiesa así sus pecados!

¿Leyes en pequeño número, leyes excelentes? Imposible. ¿No debe el gobierno reglar todos los intereses, juzgar todas las deslealtades? Pero los intereses son, por la naturaleza de la sociedad, innúmeros, las relaciones viables y móviles hasta el infinito: ¿Cómo será posible hacer pocas leyes?, ¿cómo hacerlas simples?, ¿cómo la mejor ley no sería pronto detestable?"

Idea general de la revolución en el s. XIX. NDNA, p. 82s.

"La solución ha sido hallada, gritan los intrépidos. Que todos los ciudadanos tomen parte en el voto y no habrá entonces poder que se les resista, ni seducción que les corrompa. Así pensaron, al día siguiente de febrero, los fundadores de la República.

Algunos añadían: que el mandato sea imperativo, el representante perpetuamente revocable, y la integridad de la ley será garantizada, la fidelidad del legislador asegurada.

Estamos entrando en el asunto.

Yo no creo que en modo alguno, ni por pienso, en esta intuición adivinatoria de la multitud, que la hará discernir, al primer golpe, el mérito y la honorabilidad de los candidatos. Abundan los ejemplos de personajes elegidos por aclamación y que, sobre el terreno en que se ofrecían a las miradas del pueblo embriagado, preparaban ya la trama de sus traiciones. Apenas si, entre diez bribones, encuentra el pueblo en sus comicios un hombre honesto...

¿Pero qué significan para mí, una vez más, todas estas elecciones? ¿Necesito yo mandatarios más que representantes? Y puesto que es preciso que yo haga uso de mi voluntad, ¿no podré expresarla sin la mediación de nadie? ¿Me tendré que arrepentir, siendo que yo estoy más seguro de mi mismo que de mi abogado?

Se me dice que ya está bien, que es imposible que yo me ocupe de tantos intereses diversos, que, después de todo, un consejo de árbitros cuyos miembros hubieran sido nombrados por todos los votos del pueblo promete una aproximación a la verdad y al derecho muy superiores a la justicia de un monarca irresponsable representado por

ministros insolentes y magistrados cuya inmovilidad, como la del príncipe, está fuera de mi alcance.

Pero, en primer lugar, no veo que haya que hacerlo a ese precio; ni siquiera veo que haya que hacerlo. Ni siquiera la elección o el voto más unánimes resuelven nada. Después de sesenta años que practicamos uno y otro a todos los niveles, ¿qué es lo que hemos resuelto? ¿Qué es lo que, siquiera, hemos definido? ¿Qué luz ha obtenido el pueblo en sus asambleas? Aun cuando se le hiciera reiterar, diez veces al año, su mandato, renovar incluso todos los meses sus oficiales municipales y sus jueces, ¿añadiría eso un céntimo a su bolsillo? ¿Estaría, al acostarse cada noche, más seguro de que al día siguiente tendría de qué comer, de qué alimentar a sus hijos? ¿Podría siquiera dar fe de que no vendrían a prenderle y a meterle en la cárcel?

Yo comprendo que, en cuestiones que no son susceptibles de una solución regular, en intereses mediocres e incidentes sin importancia, haya que someterse a una decisión arbitral. Semejantes transacciones tienen de moral, de consolador, que atestiguan en las almas algo superior incluso a la justicia, el sentimiento fraternal. Pero en cuestiones de principio, en la esencia misma de los derechos, en la dirección que se debe imprimir a la sociedad, en la organización de las fuerzas industriales, en mi trabajo, mi subsistencia, mi vida, en esta misma cuestión del gobierno, rechazo toda presunta autoridad, toda solución indirecta, no reconozco cónclave, quiero tratar directamente, individualmente, por mi mismo. El sufragio universal es a mis ojos una verdadera lotería."

Idea general de la revolución en el s. XIX. NDNA, p. 84s.

7. El ideal anarquista

"La idea capital decisiva de esta revolución, ¿no es en efecto más autoridad, pero no en la Iglesia, ni en el Estado, ni en la tierra, ni en el dinero?

Más autoridad quiere decir algo que jamás se ha visto ni comprendido; quiere decir acuerdo del interés de cada uno con el interés de todos, identidad de la soberanía colectiva y de la soberanía individual.

Más autoridad significa más deudas pagadas, servidumbres abolidas, hipotecas suprimidas, arrendamientos reembolsados, pago del culto, de la justicia y del estado suprimidos, crédito gratuito, cambio igual, asociación libre, valor reglado, educación, trabajo, propiedad, domicilio, baratura, todo ello garantizado; ahora bien, no más antagonismo, no más guerra, no más centralismo, no más gobiernos, no más sacerdotes. ¿No es esto la sociedad salida de su esfera, marchando sin orden ni concierto?

Más autoridad significa el contrato libre en lugar de la ley absolutista, la transacción voluntaria en lugar del arbitraje del estado, la justicia equitativa y recíproca, la moral racional en lugar de la moral revelada, el equilibrio de fuerzas sustituido por el equilibrio de poderes, la unidad económica en lugar de la centralización política. Una vez más, ¿no

es esto lo que yo osaría llamar una conversión completa, una alteración de sí misma, una revolución?"

Idea general de la revolución en el s. XIX. NDNA, p. 87s.

"Todo se prepara hoy para esta restauración solemne; todo anuncia que el reinado de la ficción pasó y que la sociedad va a entrar en la sinceridad de su naturaleza. El monopolio se hinchó hasta igualarse al mundo; y un monopolio que abarca el mundo, no puede permanecer exclusivo; es preciso que ser republicanice o que reviente. La hipocresía, la venalidad, la prostitución y el robo forman el fondo de la conciencia pública; y a no ser que la humanidad aprenda a vivir de lo que la mata, es preciso creer que la justicia y la expiación se acercan...

Que el sacerdote se convenza al fin de que el pecado es la miseria y que la verdadera virtud, lo que nos hace dignos de la vida eterna es luchar contra la religión y contra Dios; que el filósofo, deponiendo su orgullo, *supercilium philosophicum*, sepa, por su parte, que la razón es la sociedad y que filosofar es hacer obra con sus manos; que el artista recuerde que descendió del Olimpo al establo de Cristo y que desde este estado se elevó de repente a esplendores desconocidos; que el trabajo, como Cristo, debe regenerarle; que el capitalista piense que la plata y el oro no son valores verídicos; que por la sinceridad del cambio, todos los productos se elevan a la misma dignidad, y cada productor tendrá en su casa una fábrica de monedas; que así como la ficción del capital productivo realizó la expoliación del obrero, el trabajo organizado reabsorberá el capital; que el propietario sepa que no es más que el recaudador de las rentas de la sociedad y que si, gracias a la guerra, pudo en otro tiempo poner entredicho sobre el suelo, el proletariado puede a su vez, por medio de la asociación, ponerlo sobre las cosechas y hacer que la propiedad expire en el vacío; que el príncipe y su orgulloso cortejo, sus militares, sus jueces, sus consejeros, sus pares y todo el ejército de los improductivos, se apresuren a gritar *¡Gracias!* al labrador y al industrial, porque la organización del trabajo es sinónimo de subordinación del poder; que depende del trabajador abandonar al improductivo a su indigencia, y hacer morir al poder de vergüenza y de hambre...

Todo esto sucederá, no como otras tantas novedades imprevistas, inesperadas, efecto súbito de las pasiones del pueblo o de la habilidad de algunos hombres sino por la vuelta espontánea de la sociedad a una práctica inmemorial, momentáneamente abandonada y por causa...

La humanidad, en su marcha oscilatoria, gira incesantemente sobre sí misma; sus progresos no son más que el rejuvenecimiento de sus tradiciones; sus sistemas, tan opuestos al parecer, presentan siempre el mismo fondo visto desde lados diferentes. La verdad, en el movimiento de la civilización, permanece siempre idéntica, siempre antigua y siempre nueva: la religión, la filosofía y la ciencia, no hacen más que traducirse y esto es precisamente lo que constituye la Providencia y la infabilidad de la razón humana: lo que asegura, en el seno mismo del progreso, la inmutabilidad de nuestro ser; lo que hace

a la sociedad inalterable en su esencia e irresistible en sus revoluciones, y lo que, extendiendo continuamente la perspectiva, presentando siempre a lo lejos la última solución, funda la autoridad de nuestros misteriosos presentimientos."

Sistema de las contradicciones económicas o filosofía de la miseria, p.358s.

IV. MIGUEL BAKUNIN

1. La libertad

"Pues entonces, ¿quién soy yo y que es lo que me llama a publicar esta obra en este momento? Yo soy un buscador apasionado de la verdad y un acérrimo enemigo de las viciadas ficciones que utiliza el orden establecido, un orden que se ha beneficiado de todas las infamias religiosas, metafísicas, políticas, jurídicas, económicas y sociales de todos los tiempos, a fin de brutalizar y esclavizar al mundo. Soy un amante fanático de la libertad. La considero el único medio ambiente en el que pueden desarrollarse y realizarse la inteligencia, la dignidad y la capacidad humanas. No quiero decir esa libertad tolerada a medias y regulada por el estado, porque ésa es una mentira constante y no representa más que el privilegio de unos pocos cimentado en la servidumbre de los demás. Tampoco me refiero a esa libertad egoísta, individualista, baja y fraudulenta que proclama la escuela de Jean-Jacques Rousseau y todas las demás escuelas del liberalismo burgués, que consideran los derechos de todos, *representados* por el estado, como un límite a los derechos de cada individuo; necesariamente, siempre termina reduciendo a cero los derechos individuales. No, yo me refiero a la única libertad que merece ese nombre, la libertad que implica el desarrollo total de todas las capacidades materiales, intelectuales y morales en cada uno de nosotros; la libertad que no conoce otras restricciones que las impuestas por las leyes de la propia naturaleza. En consecuencia, no existe, hablando estrictamente, restricciones ya que estas leyes no nos son impuestas por cualquier legislador desde fuera o por encima de nosotros. Estas leyes son subjetivas, inherentes a nosotros mismos; constituyen la mismísima base de nuestro ser. En vez de tratar de abolirlas, tenemos que ver en ellas la condición real y la causa efectiva de nuestra libertad: esa libertad de cada hombre que no encuentra una limitación en la libertad de otro hombre, sino la confirmación y la extensión de sí misma. Me refiero a la libertad triunfante sobre la fuerza bruta y lo que siempre ha sido la verdadera expresión de esa fuerza, el principio de autoridad. Me refiero a la libertad que destrozará los ídolos en el cielo y en la tierra y que construirá un nuevo mundo para la humanidad en solidaridad sobre las ruinas de todas las iglesias y de todos los estados.

Soy un partidario convencido de la igualdad económica y social porque sé que, sin ella, la libertad, la justicia, la dignidad humanas, la moral y el bienestar de los individuos, así como la prosperidad las naciones, nunca serán más que un hato de mentiras. Pero, ya que estoy a favor de la libertad como condición fundamental de la humanidad, creo que la igualdad debe establecerse en el mundo por medio de la organización espontánea

del trabajo y la propiedad colectiva con asociaciones libremente organizadas de productores y con la igualmente espontánea federación de comunas, a fin de reemplazar al dominante estado paternalista."

La Comuna de París y la idea del Estado. SD, pp. 311ss.

"Me inclino ante la autoridad de los especialistas porque esto me lo impone solamente mi razón. Soy consciente de mi incapacidad para comprender grandes porciones del conocimiento humano en todos sus detalles y desarrollos. La inteligencia más grande jamás alcanzaría la comprensión del todo y por eso es necesaria la división del trabajo y la asociación. Recibo y doy; tal es la vida humana. Cada uno dirige y es dirigido a su vez. En consecuencia, no existe una autoridad fija y constante, sino una fluctuación continua de autoridad y subordinación mutuas, temporarias y sobre todo voluntarias.

Aceptar una autoridad fija, constante y universal, queda descartado precisamente porque no hay un hombre "universal" capaz de comprender, en esa riqueza de detalles sin la cual es imposible la aplicación de una ciencia de la vida, todas las ciencias y todos los aspectos de la vida humana. Así pues, si un hombre fuese capaz de abarcar semejante comprensión y quisiera imponernos su autoridad, sería necesario echar a este individuo de la sociedad porque su autoridad reduciría a todos los demás a la esclavitud y la imbecilidad. No creo que la sociedad deba maltratar a los hombres de genio como lo ha hecho hasta ahora; pero tampoco pienso que se les debe acordar demasiadas indulgencias y mucho menos acordarles privilegios especiales o derechos exclusivos por tres razones: primero, porque a menudo se confundiría un charlatán con un genio; segundo, porque por medio de semejante sistema de privilegios, podría transformar en un charlatán a un verdadero hombre de genio; y, de ese modo, lo desmoralizaría y degradaría; y tercero, porque pondría a un amo por encima de la sociedad.

Pero, si bien rechazamos la autoridad absolutamente universal e infalible de los científicos, aceptamos con buena disposición la autoridad respetable, aunque relativa, temporaria y restringida de los especialistas científicos, pidiendo nada más que consultarles por turno, agradecidos por su valiosa información en cuanto ellos también estén dispuestos a aprender de nosotros. En general, no pedimos nada mejor que ver que los hombres dotados de un gran conocimiento, con una gran experiencia, mentes brillantes y sobre todo grandes corazones, ejerzan en nosotros una influencia natural y legítima, libremente aceptada, y jamás impuesta en nombre de ninguna autoridad oficial o de derechos establecidos; oficialmente impuesta de ese modo, de inmediato se transforma en opresión y falsedad; e inevitablemente nos impondría... la esclavitud y el absurdo.

En una palabra, rechazamos toda legislación, toda autoridad y todos los poderes privilegiados, sancionados, oficiales y legales, aunque provengan del sufragio universal, convencidos de que esto sólo puede servir para beneficio de una minoría dominante de explotadores contra los intereses de la inmensa mayoría sometida a ellos.

Es en este sentido que somos todos anarquistas."

El imperio knouto-germánico y la Revolución Social
SD., pp. 271s.

"La concepción materialista, realista y colectivista de la libertad, opuesta a la idealista, es la siguiente: el hombre toma conciencia de sí mismo y de su humanidad sólo en la sociedad y sólo por la acción colectiva de toda la sociedad. Se libera del yugo de la naturaleza externa sólo por medio del trabajo colectivo y social que puede transformar la tierra en un medio favorable al desarrollo de la humanidad. (...)

Ser libre significa ser considerado y tratado como tal por todos los semejantes. La libertad de cada individuo es únicamente el reflejo de su propia humanidad, o su derecho humano a través de la conciencia de todos los hombres libres, sus hermanos y sus iguales.

Yo sólo me puedo sentir libre en la presencia de otros hombres y en relación con ellos. En la presencia de una especie inferior de animal no soy libre ni hombre, porque este animal es incapaz de concebir y, en consecuencia, de reconocer mi humanidad. Yo mismo no soy libre ni humano hasta que no pueda reconocer la libertad y la humanidad de todos mis semejantes.

Únicamente respetando el carácter humano de los demás, respeto el mío propio. Un caníbal que devora a su prisionero... no es un hombre, sino una bestia. Un propietario de esclavos no es un hombre, sino un amo. Al negar la humanidad de sus esclavos él también suprime su propia humanidad, como lo prueba la historia de todas las sociedades antiguas. (...)

Sólo soy verdaderamente libre cuando todos los seres humanos, los hombres y las mujeres, son igualmente libres. La libertad de los demás hombres, lejos de negar o limitar mi libertad, es, por el contrario, su premisa necesaria y su confirmación. Es la esclavitud de los otros hombres la que levanta una barrera a mi libertad o, lo que significa lo mismo, es su bestialidad la que es la negación de mi humanidad. Porque mi dignidad como hombre, mi derecho humano, que consiste en negarme a obedecer a cualquier otro hombre y a determinar mis propios actos en conformidad con mis convicciones, está reflejada en la conciencia igualmente libre de todos y confirmada por el consenso de toda la humanidad. Mi libertad individual, confirmada por la libertad de todos, se extiende al infinito.

Por tanto, la concepción materialista de la libertad es algo muy positivo, muy complejo y, sobre todo, eminentemente social porque sólo se puede realizar en la sociedad y por medio de la igualdad y solidaridad más estricta entre los hombres. Se pueden distinguir los elementos principales para su obtención. El primero es eminentemente social. Se trata del desarrollo completo de todas las facultades y poderes de cada ser humano, por medio de la educación, el entrenamiento científico y la prosperidad

material, cosas que sólo pueden proveer a cada individuo el trabajo colectivo, material, intelectual, manual y sedentario de la sociedad en general.

El segundo elemento de la libertad es negativo. Es la revuelta del individuo contra toda autoridad divina, colectiva o individual."

El imperio knouto-germánico y la Revolución Social
SD., pp. 279ss.

"Del mismo modo, Marx ignora completamente a un elemento de suma importancia en el desarrollo histórico de la humanidad, es decir, el temperamento y carácter peculiares a cada raza y cada pueblo que en sí mismos son el producto natural de un sinnúmero de causas étnicas, climatológicas, económicas e históricas, pero que ejercen, inclusive aparte e independientes de las condiciones económicas de cada país, una influencia considerable en sus destinos y hasta en el desarrollo de sus fuerzas económicas. Entre estos elementos y aquéllos denominados características naturales, hay uno cuya acción es completamente decisiva en la historia particular de cada pueblo; se trata de la intensidad del espíritu de revuelta y, con ella, quiero decir la parte de libertad de que está dotado o que ha conservado cada pueblo. Este instinto es un hecho completamente primordial y animal; uno lo encuentra en diversos grados en cada ser viviente, y la energía y el poder vital de cada uno deben ser medidos por su intensidad. En el Hombre este instinto, a parte de las necesidades económicas que le impulsan, se convierte en el agente más poderoso de la total emancipación humana. Y debido a que es un asunto más de temperamento que de intelecto o cultura moral, a veces sucede que un pueblo civilizado lo posee sólo en un grado débil, ya sea porque lo ha agotado en su desarrollo previo, o porque su civilización le ha desprovisto del mismo, o posiblemente porque desde el principio estuvo menos dotado de él que otros pueblos..."

Carta a *La Libertad*, SD., p.339s.

2. Solidaridad y justicia

"Toda moralidad humana, (...) toda moral colectiva e individual reposa esencialmente en el respeto humano. ¿Qué entendemos por respeto humano? Es el reconocimiento de la humanidad, del derecho humano y de la humana dignidad de todo hombre, cualquiera que sea su raza, su color, el grado de desenvolvimiento de su inteligencia y de su moralidad misma. Pero si ese hombre es estúpido, malvado, despreciable, ¿puedo respetarlo? Claro está, si es todo eso me es imposible respetar su villanía, su estupidez y su bestialidad; éstas me disgustan y me indignan; contra ellas en caso de necesidad tomaré las medidas más enérgicas, hasta matarlo si no me queda otro medio de defender contra él mi vida, mi derecho o lo que me es respetable y querido. Pero en medio del combate más enérgico y más encarnizado, y en caso de necesidad mortal contra él, debo respetar su carácter humano. Mi propia dignidad de hombre no existe más que a ese precio. Por consiguiente, si él mismo no reconoce esa dignidad a nadie, ¿se le puede reconocer en él? Si él es una especie de animal feroz o, como sucede algunas veces, peor

que un animal, reconocer en él el carácter humano, ¿no sería caer en la ficción? No, porque cualquiera que sea su degradación intelectual y moral actual, si no es orgánicamente un idiota, ni un loco, en cuyo caso será preciso tratarlo no como un criminal, sino como un enfermo, si está en plena posesión de sus sentidos y de la inteligencia que la naturaleza le ha deparado, su carácter humano, en medio mismo de sus más monstruosas desviaciones, no existe menos de una manera muy real en él, como *facultad, siempre viviente, capaz de elevarse a la conciencia de su humanidad, por poco que se efectúe un cambio radical en las condiciones sociales que lo hicieron tal como es.*"

Federalismo, socialismo y antiteologismo, OCIII, p.149s.

"El segundo lema de esta emancipación es la *solidaridad*, no la solidaridad marxista decretada desde arriba por un gobierno, por trucos o por la fuerza, sobre la masa; no esa unidad de la totalidad que es la negación de la libertad de cada uno y que, por ese mismísimo hecho, se convierte en falsa, en una ficción que esconde la realidad de la esclavitud, sino esa solidaridad que es, por el contrario, la confirmación y la realización de toda libertad, pues no tiene sus orígenes en ninguna ley política de ninguna especie, sino en la inherente naturaleza social del Hombre, en virtud de la cual ninguno es libre si todos los demás que le rodean y ejercen una influencia directa o indirectamente en su vida no son igualmente libres...

La solidaridad que se busca, lejos de ser el producto de una organización autoritaria artificial, sólo puede ser el producto espontáneo de la vida social, tanto económica como moral; el resultado la libre federación de intereses, aspiraciones y tendencias comunes... Tiene como base esencial la *igualdad, el trabajo colectivo* obligatorio no por ley, sino por la fuerza de las realidades y la propiedad colectiva; a modo de luz y guía, tiene la experiencia, la práctica de la vida colectiva, el conocimiento y el aprendizaje; como último objetivo, el establecimiento de una humanidad libre que comienza con la caída de todos los estados."

Carta a *La Libertad*, SD, p.341s.

"El socialismo es la *justicia. Cuando hablamos* de justicia a partir de ahora no entendemos la justicia que se imparte en los códigos legales y por la ley romana, fundada en gran parte en actos de fuerza y violencia, consagrada por el tiempo y las bendiciones de alguna iglesia cristiana o pagana y, por eso, aceptada como un absoluto, el resto no siendo nada más que la consecuencia lógica de lo mismo. Yo me refiero a esa justicia que sólo se basa en la conciencia humana, la justicia que ustedes redescubrirán en la conciencia de cada hombre inclusive en la conciencia de un niño y que se traduce a sí misma como simple *igualdad*.

Esta justicia, que es tan universal y que, sin embargo, debido a los abusos de la fuerza y a la influencia de la religión, todavía nunca ha prevalecido en el mundo de la política, de la ley o de la economía, debe servir como base para el nuevo mundo. ¡Sin ella

no hay libertad, ni república, ni prosperidad, ni paz! Por tanto debe presidir todas nuestras resoluciones a fin de que podamos cooperar eficazmente para establecer la paz.

Esta justicia nos pide que tomemos en nuestras manos la causa del pueblo, tan miserablemente maltratada hasta ahora y que exijamos en su nombre la emancipación social y económica, junto con la libertad política. (...) Lo que les pedimos es que se proclame una vez ese gran credo de la Revolución Francesa: que cada hombre tiene derecho a los medios materiales y morales para el desarrollo de su completa humanidad, un principio que, creemos, se traduce en el siguiente mandato: *Organizar una sociedad de tal manera que cada individuo dotado de vida, hombre o mujer, pueda encontrar medios lo más iguales posibles para el desarrollo de sus distinta capacidades y para su utilización en el trabajo.*"

Federalismo, socialismo y antiteologismo, SD. p. 141s.

3. El poder y la opresión

"Nada es tan peligroso para la moral privada del hombre como el hábito del mando. El hombre mejor, el más inteligente, el más desinteresado, el más generoso, el más puro, se echa a perder infaliblemente y siempre en ese oficio. Dos sentimientos inherentes al poder producen siempre esa desmoralización: *el desprecio de las masas populares y la exageración del propio mérito.*

«Las masas, al reconocer su incapacidad de gobernarse, me eligieron por jefe suyo. Por eso han proclamado altamente su *inferioridad* y mi *superioridad. Entre esa multitud de hombres, reconociendo yo mismo apenas algunos iguales, soy el único capaz de dirigir la cosa pública. El pueblo tiene necesidad de mí, no puede pasarse sin mis servicios, mientras que yo me basto a mí mismo; debe obedecerme por su propio bien y, al dignarme mandarlo, constituyo su dicha. Hay por qué perder la cabeza, y también el corazón y volverse loco de orgullo, ¿no es cierto?*» Es así como el poder y el hábito del mando se transforman, aun para los hombres más inteligentes y virtuosos, en fuente de aberración a la vez intelectual y moral."

Federalismo, socialismo y antiteologismo, OCIII, p.149.

"Todo el sistema del gobierno representativo es un inmenso fraude que se apoya en esta ficción: que los cuerpos legislativos y ejecutivo, elegidos en sufragio universal por el pueblo, deben o hasta pueden representar la voluntad del pueblo. Instintivamente el pueblo aspira a dos cosas: la mayor prosperidad posible junto a la mayor libertad posible para vivir sus vidas, para elegir, para actuar. Quieren la mejor organización de sus intereses económicos junto a una completa ausencia de todo poder político y de toda organización política, ya que toda organización política debe anular ineludiblemente la libertad del pueblo. Tal es la aspiración dinámica de todos los movimientos populares.

Pero las ambiciones de los que gobiernan, aquéllos que formulan y hacen cumplir las leyes, están diametralmente opuestas a las aspiraciones populares. A parte de sus sentimientos o intenciones democráticas, los gobernantes, en virtud de su elevada posición, miran a la sociedad como el soberano mira a sus vasallos. Pero no puede haber igualdad entre soberano y vasallo. Por un lado, está el sentimiento de superioridad necesariamente creado por su alta posición; por otro, el de inferioridad que es resultado de la superior situación del soberano como detentador del poder ejecutivo y legislativo. El poder político significa dominación. Y donde hay dominación, debe haber una parte substancial de la población que permanece sometida a sus gobernantes; y los sometidos detestan naturalmente a sus gobernantes, quienes, a su vez, se verán obligados a sojuzgar al pueblo con medidas aún más represivas, anulando de ese modo su libertad. Tal es la naturaleza del poder político desde sus mismísimos orígenes en la sociedad humana. Esto también explica por qué y cómo los hombres, que fueron los demócratas más rojos, los radicales más vociferantes, una vez en el poder, se transforman en los conservadores más moderados. Estos giros son considerados, por lo general y equivocadamente, como una especia de traición. Su causa principal es el cambio inevitable de posición y perspectiva. Jamás deberíamos olvidar que las posiciones institucionales y sus privilegios naturales son fuerzas motivadoras mucho más poderosas que el odio o la mala voluntad individuales. Si un gobierno compuesto exclusivamente por trabajadores fuera elegido mañana por sufragio universal, estos mismos trabajadores, que hoy son los demócratas y socialistas más militantes, mañana se convertirían en los aristócratas más decididos, manifiestos, o secretos adoradores del principio de autoridad, explotadores y opresores."

El gobierno representativo y el sufragio universal, SD, p. 259s.

4. Crítica del Estado

"Tales son nuestras ideas como revolucionarios sociales y, en consecuencia, nos llaman anarquistas. No protestamos contra esta denominación, porque de hecho, somos enemigos de cualquier poder gubernamental ya que sabemos que semejante poder corrompe tanto a quienes se cobijan bajo su manto como a aquellos que se ven obligados a someterse a él. Bajo su influencia perniciosa, los primeros se vuelven ambiciosos y tiranos egoístas, explotadores de la sociedad en favor de sus intereses personales o de clase; los segundos se convierte en esclavos.

Los idealistas de todas clases metafísicos, positivistas, aquellos que apoyan el gobierno de la ciencia sobre la vida, los revolucionarios doctrinarios, todos defienden la idea del Estado y el poder estatal con la misma elocuencia, porque en ellos ven, como consecuencia de sus propios sistemas, la única salvación para la sociedad. De modo bastante lógico, ya que han aceptado las premisas básicas (que nosotros consideramos totalmente erróneas) de que el pensamiento precede la vida, que la teoría es anterior a la experiencia social y, por tanto, que la ciencia social tiene que ser el punto de partida de todos los levantamientos y reconstrucciones sociales. Inevitablemente luego llegan a la

conclusión de que, debido a que el pensamiento, la teoría y la ciencia, al menos en nuestro tiempo, están en posesión de unos pocos, esos pocos deben ser los líderes de la vida social, no sólo sus iniciadores, sino también los líderes de todos los movimientos populares. Al día siguiente de la revolución, el nuevo orden social no debe ser organizado por la asociación libre de las organizaciones populares o sindicales, locales o regionales, desde abajo hacia arriba, según las exigencias y necesidades del pueblo, sino únicamente por el poder dictatorial de esa minoría culta que pretende expresar la voluntad del pueblo.

Esta ficción de gobierno pseudo-representativo sirve para ocultar el dominio de las masas por un puñado de privilegios; una élite elegida por las hordas del pueblo que son arreadas y que no saben por quién o qué votan. Sobre esta expresión artificial y abstracta de lo que falsamente se imaginan que es la voluntad popular y de la cual los seres vivientes no tienen la menor idea, ellos constituyen la teoría del Estado como la teoría llamada de la dictadura revolucionaria.

Las diferencias entre la dictadura revolucionaria y el Estado son superficiales. Fundamentalmente ambas representan el mismo principio de gobierno de una minoría sobre una mayoría en nombre de la supuesta «estupidez» de la última y de la supuesta «inteligencia» de la primera. En consecuencia, ambas son igualmente reaccionarias, ya que ambas directa e indirectamente deben conservar y perpetuar los privilegios económicos y políticos de la minoría gobernante y la sujeción política y económica de las masas populares."

Estado y Anarquía, SD, p. 398ss.

"La existencia de un estado soberano y exclusivista presupone necesariamente la existencia y, si es necesario, la formación de estados semejantes, ya que resulta muy natural que los individuos, que se ven excluidos y amenazados en su existencia y libertad, se asocien a su vez en su contra. De ese modo tenemos a la humanidad dividida en un número indefinido de estados extranjeros, todos hostiles y amenazados. Entre ellos no hay derecho común ni contrato social de ninguna especie. De otro modo dejarían de ser estados independientes y se convertirían en miembros federados de un superestado. Pero, a menos que este gran estado abarque a toda la humanidad, se vería confrontado con otros grandes estados, cada uno federado interiormente, cada uno manteniendo una actitud de hostilidad inevitable. La guerra seguiría siendo la ley suprema, condición inevitable de la supervivencia humana.

Cada estado, federado o no, trataría entonces de convertirse en el más poderoso. Debe devorar a menos que sea devorado, conquistar si no quiere ser conquistado, esclavizar si no quiere verse esclavizado (...)

En consecuencia, el Estado es la negación más flagrante, más cínica y más completa de la humanidad. Hace temblar la solidaridad universal de todos los hombres en la tierra y hace que algunos de ellos se asocien sólo a fin de destruir, conquistar y

esclavizar al resto. Sólo protege a sus propios ciudadanos; sólo reconoce derechos humanos, humanidad y civilización dentro de sus confines. Ya que no reconoce ningún derecho fuera de este confín, lógicamente se arroga el derecho de ejercer la más feroz inhumanidad hacia todas las poblaciones extranjeras, a las que puede saquear, exterminar o esclavizar a voluntad. Si se muestra generoso y humano, nunca es por un sentido del deber, porque no tiene deberes salvo consigo mismo en primer lugar y luego con aquellos miembros que le han formado libremente, quienes libremente continúan constituyéndolo, o incluso, como siempre sucede a la larga, quienes se han convertido en sus súbditos. Como no hay en existencia una ley internacional, y *jamás puede existir de un modo razonable y realista sin destruir en sus funciones el mismo principio de la soberanía absoluta del estado*, el estado no puede tener deberes para con las poblaciones extranjeras. Por tanto, si trata a un pueblo conquistado de un modo humano, si lo saquea y extermina sólo en parte, si no lo reduce al más bajo nivel de esclavitud, puede ser un acto inspirado en la prudencia o hasta en la pura magnanimidad, pero jamás se hace a partir de un sentido del deber, porque el estado tiene un derecho absoluto de disponer de un pueblo conquistado como le plazca.

Esta negación flagrante de la humanidad que constituye la esencia misma del estado, desde el punto de vista del estado, es su deber supremo y su mayor virtud. Lleva como nombre *patriotismo* y constituye toda la *moralidad trascendente* del estado. La denominamos moralidad trascendente porque generalmente supera el nivel de la moral y la justicia humanas, ya sea de la comunidad o de un individuo, y a menudo por eso mismo se encuentra en contradicción con ellas. Así, ofender, saquear, asesinar o esclavizar a un conciudadano es normalmente considerado un crimen. Por otra lado, en la vida pública, desde el punto de vista del patriotismo, cuando esas cosas se realizan para mayor gloria del estado, para la preservación o extensión de su poder, todo ello se transforma en deberes y virtudes. Y estas virtudes, estos deberes, son obligatorios para cada ciudadano patriota. (...)

Esto nos explica por qué desde el comienzo de la historia, es decir, desde el nacimiento de los estados, el munDO de la política ha sido siempre y continúa siendo aún el teatro de la pillería y del sublime bandidismo, bandidismo y pillería por lo demás altamente honrados, puesto que son ordenados por el patriotismo, por la moral trascendente y por el interés supremo del estado. Eso nos explica por qué toda la historia de los estados antiguos y modernos no es más que una serie de crímenes repulsivos; por qué reyes y ministros presentes y pasados, de todos los tiempos y de todos los países: estadistas, diplomáticos, burócratas y guerreros, si se les juzga desde el punto de vista de la simple moral de la justicia humana, han merecido cien, mil veces, la horca o las galeras; pues no hay horror, crueldad, infame transacción, impostura, robo cínico, saqueo desvergonzado y sucia traición que no hayan sido o que no sean cotidianamente realizados por los representantes de los estados, sin otra excusa que esta palabra clásica, a la vez tan cómoda y tan terrible: *¡la razón de estado!*"

Federalismo, socialismo, antiteologismo, OCIII, p.130s.

5. Nacionalismo y federalismo

"El estado no es la patria; es la abstracción, la ficción metafísica, mística, política y jurídica de la patria. Las masas populares de todos los países aman profundamente a su patria, pero ese es un amor natural, real. El patriotismo del pueblo no es una idea, es un hecho. Y el patriotismo político, el amor al estado, no es la expresión fiel de ese hecho: es una expresión distorsionada por medio de una abstracción falaz y simple en beneficio de una minoría explotadora.

La patria y la nacionalidad son, como la individualidad, hechos naturales y sociales, fisiológicos y al mismo tiempo históricos; ninguno de ellos es un principio. Sólo puede darse el nombre de principio humano a aquello que es universal y común a todos los hombres y la nacionalidad los separa; no es, por lo tanto, un principio. Sí es un principio el respeto que todos debemos tener por los hechos naturales, reales o sociales. Y la nacionalidad, como la individualidad, es uno de esos hechos. Debemos, pues, respetarla. Violarla es un delito y cada vez que se encuentra amenazada o violada, digámoslo en el lenguaje de Mazzini, se convierte en un principio sagrado. De ahí que, sinceramente, siempre me sienta patriota de todas las patrias oprimidas."

Carta abierta a mis amigos de Italia, MAX, p.123

"El pueblo eslavo progresista debe darse cuenta de que ya ha pasado la hora de flirtear con la Ideología eslava y que no hay nada más absurdo y peligroso que meter todas las aspiraciones del pueblo en el estrecho marco de un nacionalismo espúreo. La nacionalidad no es un principio humanitario; es un hecho histórico y local que generalmente debe ser tolerado junto a otros hechos reales e inofensivos.

Todo pueblo, por más pequeño que sea, tiene su propio carácter específico, su estilo de vida, su lengua, su manera de pensar y de trabajar; y precisamente este carácter, este estilo de vida, constituyen su nacionalidad que es la suma de su vida histórica, de sus aspiraciones y circunstancias. Todo pueblo, al igual que todo individuo, es por fuerza lo que es y tiene el derecho inalienable a ser él mismo. Esto constituye el supuesto derecho nacional. Pero, si un pueblo un individuo viven de una cierta manera, eso de ningún modo significa que tiene el derecho, lo que no sería beneficioso para nadie, de considerar su nacionalidad o su individualidad como un principio absoluto y exclusivo, ni tampoco deben estar obsesionados por ello. Por el contrario, cuanto menos preocupados estén por sí mismos y cuanto más concentrados estén en la idea general de la humanidad, más vital, más coherente y más profundo pasa a ser el sentimiento de nacionalidad e individualidad."

Estado y Anarquía, SD, p. 416.

"Conforme al sentimiento unánime del congreso de Ginebra, debemos proclamar:

1. Que para hacer triunfar la libertad, la justicia y la paz de las relaciones internacionales de Europa, para hacer imposible la guerra civil entre los diferentes pueblos que componen la familia europea, no hay más que un medio: constituir los *Estados Unidos de Europa*.

2. Que los Estados Unidos de Europa no podrán formarse jamás con los Estados tales como están constituidos hoy, vista la desigualdad monstruosa que existe entre sus fuerzas respectivas. (...)

4. Que ningún Estado centralizado y burocrático y por eso mismo militar, aunque se llame republicano, podrá entrar seria y sinceramente en una confederación internacional. Por su constitución, que será siempre una negación abierta o enmascarada de la libertad en el interior, constituirá por necesidad una declaración permanente de guerra, una amenaza contra la existencia de los países vecinos. (...)

5. Que, por consiguiente, los adherentes de la Liga deberán tender con todos sus esfuerzos a reconstruir sus patrias respectivas a fin de reemplazar en ellas la antigua organización fundada de arriba abajo sobre la violencia y sobre el principio de autoridad, por una organización nueva que no tenga otra base que los intereses, las necesidades y las atracciones naturales de los pueblos, ni otro principio que la federación libre de los individuos en las comunas, de las comunas en las provincias, de las provincias en las naciones, en fin, de éstas en los Estados Unidos de Europa primero y más tarde del mundo entero.

6. En consecuencia, abandono absoluto de todo lo que se llama derecho histórico de los Estados; todas las cuestiones relativas a las fronteras naturales, políticas, estratégicas, comerciales, deberán ser consideradas en lo sucesivo como pertenecientes a la historia antigua y rechazadas con energía por todos los adherentes de la Liga.

7. Reconocimiento del derecho absoluto de toda nación, grande o pequeña, de todo pueblo, débil o fuerte, de toda provincia, de toda comuna, a una completa autonomía, siempre que su constitución interior no sea una amenaza y un peligro para la autonomía y la libertad de los países vecinos.

8. Del hecho de que un país haya constituido parte de un estado, aunque se hubiera agregado libremente a él, no se desprende de ningún modo la obligación de quedar asociado siempre a ese estado. Ninguna obligación perpetua puede constituir autoridad entre nosotros, y no reconoceremos nunca otros derechos y otros deberes que los que se fundan en la libertad. El derecho de la libre reunión y de la secesión igualmente libre es el primero, el más importante de los derechos políticos; sin él la confederacion no sería más que una centralización enmascarada. (...)

10. (...) La Liga, precisamente porque es la Liga de la paz y porque está convencida de que la paz no podrá ser conquistada y fundada más que en la más íntima y completa solidaridad de los pueblos, en la justicia y en la libertad, debe proclamar altamente sus

simpatías hacia toda insurrección nacional contra toda opresión, sea extranjera, sea indígena, siempre que esa insurrección se haga en nombre de nuestros principios y en el interés tanto político como económico de las masas populares, pero no con la intención ambiciosa de fundar un poderoso estado.

11. La Liga hará una guerra incondicional a todo lo que se llama gloria, grandeza y potencia de los estados. A todos esos falsos y maléficos ídolos a que han sido inmolados millones de víctimas humanas, opondremos las glorias de la inteligencia humana, que se manifiestan en la ciencia, y de una prosperidad universal fundada en el trabajo, en la justicia y en la libertad. (...)

Federalismo, socialismo y antiteologismo, OC.III, pp.59-62

6. Ciencia y educación

"Toda educación racional no es, en el fondo, más que la progresiva inmolación de la autoridad en beneficio de la libertad, siendo el fin último de la educación formar hombres libres y llenos de respeto y amor por la libertad de los demás. Así, el primer día de la vida escolar, si los niños van a la escuela cuando son muy pequeños, cuando apenas están empezando a balbucear algunas palabras, debe ser el de la máxima autoridad y de una ausencia casi total de libertad. Pero el último día debe ser el de la máxima libertad y la abolición absoluta de todo vestigio del principio animal o divino de la autoridad.

El principio de autoridad, aplicado a los hombres que han superado o alcanzado la mayoría de edad, se convierte en una monstruosidad, en una negación flagrante de la humanidad, una fuente de esclavitud y de depravación intelectual y moral. Desgraciadamente, los gobiernos paternalistas han mantenido a las masas en una ignorancia tan grande que será necesario fundar escuelas no solamente para los hijos del pueblo, sino también para el pueblo mismo. De esas escuelas habrá que eliminar absolutamente las más mínimas aplicaciones o manifestaciones del principio de autoridad. Ya no serán escuelas; serán academias populares, en las que ya no habrá ni maestros ni alumnos, en las que el pueblo vendrá libremente a tomar, si lo considera necesario, una enseñanza libre y en las que, dada su rica experiencia, podrá enseñar a su vez bastantes cosas a los profesores que les proporcionen conocimientos de los que ellos carecen. Se tratará, por tanto, de una enseñanza mutua, de un acto de fraternidad intelectual entre la juventud instruida y el pueblo.

La verdadera escuela para el pueblo y para todos los hombres hechos es la vida. La única gran autoridad omnipotente, a la vez natural y racional, la única que podemos respetar, será la del espíritu colectivo y público de una sociedad fundada en el respeto mutuo de todos sus miembros.

Dios y el Estado, DE, p. 37 ss.

"Para que los hombres sean morales, es decir, hombres completos en el pleno sentido de la palabra, son necesarias tres cosas: un nacimiento higiénico, una enseñanza racional e integral acompañada de una educación fundada en el respeto al trabajo, a la razón, a la igualdad y a la libertad, y un medio social donde cada individuo, disfrutando de su plena libertad, fuera realmente, de derecho y de hecho, igual a todos los demás.

¿Existe ese medio? No. Por consiguiente hay que fundarlo. Si en el medio que existe se llegara incluso a fundar escuelas que dieran a sus alumnos la enseñanza y la educación tan perfectas como pudiéramos imaginar, ¿se llegarían a crear hombres justos, libres, morales? No, pues al salir de la escuela se encuentran en medio de una sociedad que está dirigida por principios muy contrarios, y, como la sociedad es siempre más fuerte que los individuos, no tardaría en dominarlos, es decir, en desmoralizarlos. Y además la fundación de tales escuelas es imposible en el medio social actual, pues la vida social abarca todo, invade las escuelas lo mismo que la vida de las familias y de todos los individuos que forman parte de ella.

Los maestros, los profesores, los padres, son todos miembros de esta sociedad, todos más o menos embrutecidos o desmoralizados por ella. ¿Cómo darían a los alumnos lo que les falta a ellos mismos? Sólo con el ejemplo se predica bien la moral y, al ser la moral socialista contraria a la moral actual, los maestros, necesariamente dominados por esta última, harían delante de sus alumnos todo lo contrario de lo que les predicarían."

La educación integral, EAE, p. 56s.

"Habrá una educación científica general, accesible a todos, en especial el aprendizaje del método científico, el hábito del pensamiento correcto, la habilidad de generalizar a partir de los hechos y hacer deducciones más o menos correctas. Pero cerebros enciclopédicos y sociólogos avanzados habrá muy pocos. Sería muy triste para la humanidad que en un momento dado la especulación teórica fuera la única fuente de luz para la sociedad, en caso de que sólo la ciencia estuviera a cargo de la administración de la sociedad. La vida se debilitaría y la sociedad humana se transformaría en una horda servil y sin voz. El dominio de la vida por la ciencia no puede dar más resultados que la brutalización de la humanidad.

Nosotros, los anarquistas revolucionarios, somos partidarios de la educación para todo el pueblo, de la emancipación y de la expansión lo más amplia posible de la vida social. En consecuencia, somos los enemigos del Estado y de toda forma de principio estatal. En oposición a los metafísicos, los positivistas y todos los adoradores de la ciencia, declaramos que la vida social y natural siempre está antes que la teoría, que sólo es una de sus muchas manifestaciones, pero jamás su creadora. Del fondo de sus insondables profundidades, la sociedad se desarrolla por medio de una serie de acontecimientos, pero no sólo por el pensamiento. La teoría siempre es creada por la vida, pero jamás al revés; como hitos y señales en el camino, sólo indica la dirección y los diferentes estadios del desarrollo independiente y único de la vida."

Estado y anarquía, SD, p.398

"¿Cuál es, pues, esa curiosidad imperiosa que lleva al hombre a reconocer el mundo que le rodea, a perseguir con una infatigable pasión los secretos de esa naturaleza de que es él mismo, sobre la tierra, el último y más completo resultado? ¿Esa curiosidad es un simple lujo, un agradable pasatiempo o bien una de las principales necesidades inherentes a su ser? No vacilamos en decir que de todas las necesidades que constituyen su propia naturaleza, esa es la más humana, y no se hace realmente hombre, no se distingue efectivamente de todos los animales de las otras especies más que por esa inextinguible sed de saber. Para realizarse en la plenitud de su ser, hemos dicho, el hombre debe reconocerse y no se reconocerá nunca realmente en tanto que no haya reconocido realmente la naturaleza que le rodea y de la cual es producto. A menos, pues, de renunciar a su humanidad, el hombre debe *saber*, debe penetrar con el pensamiento todo el mundo visible, y sin esperanza de poder llegar nunca hasta el fondo, profundizar siempre más la coordinación y las leyes, porque nuestra humanidad no existe más que a ese precio. Le es preciso reconocer todas las regiones inferiores, anteriores y contemporáneas a él todas las evoluciones mecánicas, físicas, orgánicas, químicas, geológicas, en todos los grados de desenvolvimiento de la vida vegetal y animal, es decir, todas las causas y condiciones de su propio nacimiento y de su existencia, a fin de que pueda comprender su propia naturaleza y su misión sobre esta tierra su patria y su teatro único, a fin de que este mundo de la ciega fatalidad pueda inaugurar el reino de la libertad.

Tal es la tarea del hombre: es inagotable, es infinita y muy suficiente para satisfacer los espíritus y los corazones más ambiciosos. Ser instantáneo e imperceptible en medio del océano sin orillas de la transformación universal, con una eternidad ignorada tras sí y una eternidad desconocida ante él, el hombre pensante, el hombre activo, el hombre consciente de su humana misión permanece altivo y en calma en el sentimiento de su libertad que conquista por sí, iluminando, ayudando, emancipando, revelando en caso de necesidad el mundo a su alrededor. He aquí su consuelo, su recompensa y su único paraíso."

Federalismo, socialismo y antiteologismo, OCIII, p. 121s.

7. Revolución

Las ideas formuladas en estas páginas sólo pueden realizarse de forma efectiva gracias a un movimiento revolucionario. Una gran masa de agua tarda más de un día en romper un dique; las aguas de la inundación crecen lenta, imperceptiblemente. Pero una vez que se alcanza el máximo de presión, el colapso es súbito y el dique desaparece en un abrir y cerrar de ojos. Entonces podemos distinguir dos actos sucesivos; el segundo es consecuencia del primero. Así pues, en primer lugar, ocurre la lenta transformación de las ideas, las necesidades, las motivaciones para la acción que germinan en el seno de la sociedad; y después da comienzo, cuando esta transformación ha avanzado lo

suficiente como para pasar a la acción. Se da entonces un cambio de rumbo brusco y decisivo -*la Revolución*- que es la culminación de un largo proceso de *evolución*, la súbita manifestación de un cambio largamente preparado y, en consecuencia, inevitable.

Ningún hombre serio se animaría a predecir exactamente cómo la Revolución, condición indispensable para la renovación social, hará acto de presencia. La Revolución es un hecho natural y no el acto de unas pocas personas; no tiene lugar según un plan preconcebido, sino que la producen circunstancias incontrolables que ningún individuo puede manejar. Por tanto, no tratamos de hacer un modelo para la futura campaña revolucionaria; dejamos esta tarea infantil a quienes creen en la posibilidad de y la eficacia de lograr la emancipación de la humanidad por medio de una dictadura personal. Nosotros, por el contrario, nos limitaremos a describir la clase de revolución que más nos atrae y las formas en que puede liberarse de sus viejos errores.

El carácter de la Revolución al principio debe ser negativo, destructivo. En vez de modificar ciertas instituciones del pasado o adaptarlas al nuevo orden, debe destruirlas por completo. En consecuencia, el gobierno será arrancado de cuajo, junto a la Iglesia, el ejército, las cortes de justicia, las escuelas, los bancos y todas sus instituciones subordinadas. Al mismo tiempo, la revolución tiene un objeto positivo: el que los trabajadores tomen posesión de todo el capital y de todos los medios de producción.

GUILLAUME, JAMES: *La creación de un nuevo orden social*, SD, p.437s.

"Tienes razón, la marea revolucionaria está bajando y estamos cayendo en un período evolutivo, un período en el que germinan revoluciones apenas perceptibles... Ha pasado la hora de la revolución, no sólo debido a los acontecimientos desastrosos de que hemos sido víctimas (y de los que en cierta medida somos responsables), sino porque, para mi intensa desesperación, he encontrado y encuentro más cada día que no queda absolutamente nada del pensamiento, de la esperanza, o de la pasión revolucionarios en las masas; y, cuando faltan esas cualidades, hasta los esfuerzos más heroicos deben fracasar y nada puede lograrse.

Yo admiro la valiente persistencia de nuestros camaradas jurásicos y belgas, estos «últimos mohicanos» de la Internacional, quienes, pese a todos los obstáculos y en medio de la apatía general, obstinadamente se lanzan contra la corriente de los acontecimientos y continúan actuando como antes de las catástrofes, cuando el movimiento crecía y hasta los esfuerzos más nimios obtenían resultados.

Su labor es aún más merecedora de aplauso por cuanto ellos no verán los frutos de sus sacrificios; pero pueden estar seguros de que su labor no se perderá. Nada en este mundo se pierde jamás; las más diminutas gotas de agua forman los océanos.

En cuanto a mí, mi querido amigo, estoy demasiado viejo, demasiado enfermo y... ¿debo confesarlo?... demasiado desilusionado para participar en esta tarea. He decidido

retirarme definitivamente de la lucha y pasaré el resto de mis días en una intensa actividad intelectual que, espero, será útil.

Una de las pasiones que ahora me absorben más es una curiosidad insaciable; habiendo reconocido que ha triunfado el mal y que no lo he podido evitar, estoy decidido a estudiar su evolución lo más objetivamente posible.

¡Pobre humanidad! Es evidente que podrá salir de este inmenso remolino únicamente con una revolución social gigantesca. Pero ¿cómo puede llevarse a cabo semejante revolución? Jamás la reacción internacional europea ha sido tan formidable contra cualquier movimiento popular. La represión se ha convertido en una nueva ciencia sistemáticamente enseñada en las escuelas militares de todos los países. Y, para romper esta fortaleza fuerte e impenetrable, sólo contamos con las masas desorganizadas. Pero, ¿cómo organizarlas cuando les importa tan poco su propio destino que resulta difícil saber, o poner en efecto, las únicas medidas que pueden salvarla? Aún queda la propaganda; aunque sin duda de algún valor, puede tener muy poco efecto [en las presentes circunstancias] y, si no hay otros medios de emancipación, la humanidad se corromperá diez veces antes de poder salvarse."

Carta a Elisée Reclus, SD, p. 433s.

V.KROPOTKIN

1. El anarquismo

."Mientras va elaborándose así una nueva filosofía, un nuevo enfoque del conocimiento humano en su conjunto, podemos advertir también que se halla en proceso de formación una concepción distinta de la sociedad, muy diferente de la que hoy prevalece. Bajo el nombre de anarquismo, surge una nueva interpretación de la vida pasada y la presente, que da al mismo tiempo una previsión del futuro, concebidas ambas con el mismo espíritu que la mencionada interpretación de las ciencias exactas. El anarquismo aparece, por tanto, como parte integrante de una filosofía nueva, y por eso los anarquistas coinciden en tantos puntos con los pensadores y poetas más notables de los últimos tiempos.

No hay duda, por tanto, de que a medida que el pensamiento humano se libera de ideas inculcadas por minorías de sacerdotes, militares y jueces, que pugnan todos por asentar su dominio, y de científicos pagados para perpetuarlo, surge una concepción de la sociedad en la que ya no hay sitio para esas minorías dominantes. Una sociedad que ha de entrar en posesión del capital social acumulado por el trabajo de generaciones precedentes, organizándose a sí misma para utilizar este capital en interés de todos y constituyéndose por sí, sin reconstituir el poder de las minorías dominantes. Incluye en su medio una variedad infinita de capacidades, temperamentos y energías individuales: no excluye a nadie. Pide, incluso, lucha y enfrentamiento; porque sabemos que los períodos de enfrentamiento (en tanto se decidieron libremente sin que el peso de la autoridad constituida forzara la balanza) fueron los períodos en los que el genio humano supo volar más alto y logró objetivos más sublimes. Reconociendo como un hecho los derechos iguales de sus miembros a los tesoros acumulados en el pasado, no reconoce ya división alguna entre explotadores y explotados, gobernantes y gobernados, dominadores y dominados, y busca establecer una compatibilidad segura y armoniosa en su seno: no sometiendo a todos sus miembros a una autoridad a la que fingidamente se supone representante de la sociedad toda, ni intentando imponer la uniformidad, sino impulsando a todos los hombres a desarrollar la libre iniciativa, la acción libre, la asociación.

Busca el desarrollo más completo de la individualidad, combinado con un desarrollo más alto de la asociación voluntaria en todos sus aspectos, en todos su grados posibles, para todos los objetivos imaginables; asociaciones en perpetuo cambio, en perpetua

modificación, que llevan en sí mismas los elementos de su duración y asumen constantemente nuevas formas que responden mejor a las múltiples aspiraciones de todos.

Una sociedad a quien repugnan las formas preestablecidas, cristalizadas en leyes, que busca la armonía en un equilibrio fugaz y constantemente variable entre una multitud de todo género de fuerzas e influencias diversas, siguiendo su propia vida: esas fuerzas mismas impulsan las energías que son favorables a su avance hacia el progreso, hacia la libertad de desarrollo a plena luz del día y se equilibran mutuamente."

Anarquismo: su filosofía y su ideal , FRI, p. 136ss.

. "El anarquismo, el socialismo del sistema de no gobierno, tiene un origen doble. Es un vástago de los dos grandes movimientos ideológicos de los campos económico y político que caracterizan el siglo diecinueve y en especial su segunda parte. Los anarquistas sostienen, igual que todos los socialistas, que la propiedad privada de tierra, capital y máquinas tuvo su época, que está condenada a desaparecer y que todos los elementos de la producción deben pasar, y pasarán, a propiedad común de la sociedad toda y los manejarán en común los productores de riqueza. Y sostienen también con los representantes más avanzados del radicalismo político, que la organización política ideal de la sociedad es un estado de cosas en que las funciones de gobierno se reduzcan a un mínimo, y recupere el individuo su plena libertad de iniciativa y de acción para satisfacer, a través de grupos y federaciones libre (libremente constituidos), las necesidades infinitamente variadas de los seres humanos. (...)

En cuanto al método que sigue el pensador anarquista, difiere por completo del que siguieron los utópicos. El pensador anarquista no recurre a concepciones metafísicas (como «derechos naturales», «deberes del Estado», y demás) para determinar lo que son a su juicio las condiciones óptimas para lograr la máxima felicidad de los seres humanos. Sigue, por el contrario, la vía trazada por la moderna filosofía de la evolución. Estudia la sociedad humana como es hoy y fue en el pasado; y, sin atribuir a la humanidad en su conjunto o a individuos aislados, cualidades superiores que no poseen, considera la sociedad mero agregado de organismos que intentan hallar los mejores medios de combinar las necesidades del individuo con la de cooperar en beneficio de la especie. La estudia así e intenta descubrir sus *tendencias*, antiguas y presentes, sus crecientes necesidades, intelectuales y económicas, con el solo objetivo de señalar qué dirección sigue el movimiento evolutivo. Diferencia las necesidades y tendencias reales de las asociaciones humanas de los accidentes (falta de conocimiento, migraciones, guerras, conquistas) que han impedido que estas tendencias llegaran a afirmarse. Y concluye que las dos tendencias más destacadas de toda nuestra historia, aunque inconscientes a menudo, han sido: primero, la tendencia a integrar el trabajo para la producción de todas las riquezas en común, de modo que al fin resulte imposible discriminar la parte de la producción común debida a cada individuo independiente; y segundo, la tendencia hacia la máxima libertad del individuo para perseguir cuantos objetivos sean beneficiosos para él y para la sociedad en su conjunto. El ideal anarquista es pues un simple resumen de

lo que considera la nueva fase de la evolución. No se trata ya de una cuestión de fe, sino de un análisis científico."

El comunismo anarquista|: *su base y sus principios.* FRI, p.46ss.

. "Se ha dicho a menudo que los anarquistas viven en un mundo de sueños futuros y que no ven las cosas que suceden hoy. Las vemos demasiado bien, y con sus auténticos colores, y por eso nos lanzamos hacha en mano al bosque de prejuicios que nos cerca.

Lejos de vivir en un mundo de visiones y de imaginar a los hombres mejores de lo que son, les vemos tal cual son; y por eso afirmamos que lo mejor del hombre se vuelve esencialmente malo mediante el ejercicio de la autoridad, y que la teoría del «equilibrio de poderes» y el «control de autoridades» es una fórmula hipócrita, inventada por los que han tomado el poder, para hacer creer al «pueblo soberano», al que desprecian, que se gobierna a sí mismo. Precisamente porque conocemos a los hombres, decimos a los que imaginan que esos hombres se devorarían entre sí sin los gobernantes: «Razonáis como el rey: "¿Qué será de mis pobres súbditos sin mí?"»

(...)¡Oh, la hermosa utopía, el maravilloso sueño de Navidad que podríamos hacer en cuanto admitiésemos que los que gobiernan representan una casta superior y apenas tienen conocimiento de las debilidades de los simples mortales! Bastaría entonces hacerles controlarse mutuamente de forma jerárquica, dejarles intercambiar cincuenta documentos, como mucho, entre diferentes funcionarios, cuando el viento derribase un árbol en una carretera nacionales. O, en caso necesario, sólo deberían valorarlos en sus justos méritos, en las elecciones, esas mismas masas de mortales que son supuestamente la misma estupidez en sus relaciones mutuas pero que se convierten en la sabiduría misma cuando tienen que elegir a sus amos.

(...) Por eso el anarquismo, cuando lucha por destruir la autoridad en todos sus aspectos, cuando exige la abolición de leyes y la desaparición del mecanismo que sirve para imponerlas, cuando rechaza toda organización jerárquica y propugna el acuerdo libre, lucha también por mantener y ampliar el precioso núcleo de costumbres sociales sin las cuales no puede existir ninguna sociedad humana o animal. Pero en vez de propugnar que esas necesarias costumbres sociales se mantengan por la autoridad de unos pocos, exige la acción continua de todos para su mantenimiento.

Las costumbres e instituciones comunistas son absolutamente necesarias para la sociedad, y no sólo para resolver las dificultades económicas, sino también para mantener y desarrollar costumbres sociales que pongan a los hombres en contacto mutuo. Debe procurarse establecer entre los hombres relaciones tales que el interés de cada uno sea el interés de todos; y sólo esto puede unir a los hombres en vez de dividirlos."

Anarquismo: su filosofía y su ideal, FRI, pp. 151ss.

."Queda claro por lo anterior que una serie de consideraciones históricas, etnológicas y económicas, han llevado a los anarquistas a concebir una sociedad muy distinta a la que los partidos políticos autoritarios juzgan ideal. Los anarquistas conciben una sociedad en la que las relaciones mutuas de sus miembros no las rijan leyes y autoridades, impuestas por fuerza o elegidas, sino los acuerdos mutuos entre los miembros de esa sociedad y una suma de costumbres y hábitos sociales, no petrificados por la ley, la rutina o la superstición, sino en continuo desarrollo y reajuste según las variables y crecientes exigencias de una vida libre estimuladas por el progreso de la ciencia, los inventos y el firme desarrollo de ideales superiores.

Ni autoridad rectora, pues, ni gobierno del hombre por el hombre; ni cristalización, ni inmovilidad; evolución continua, tal como lo vemos en la naturaleza. Libre juego para el individuo, para el desarrollo pleno de sus dotes individuales: *para su individualización.* En otras palabras, no se *impondrá* acción alguna al individuo por el miedo al castigo; nada le exigirá la sociedad, sólo aquéllos con quien establezca libre acuerdo. *En una sociedad de iguales* esto bastaría de sobra para impedir las acciones antisociales que dañasen a otros individuos, a la sociedad misma y al fomento del firme desarrollo moral de ésta.

Esta es la concepción que los anarquistas aplican y defienden. Por supuesto, no hubo hasta hoy sociedad alguna que llevase a la práctica plenamente tales principios, pero ha habido siempre en el hombre una tendencia a aplicarlos parcialmente. Podemos decir, por tanto, que el anarquismo es un *ideal* definido en la sociedad y distinto al ideal de sociedad que han propuesto hasta ahora la mayoría de los filósofos, científicos y dirigentes de partidos políticos que pretendieron gobernar al género humano y dominar a los hombres.

Pero no sería justo calificar tal concepción de Utopía, porque tal vocablo implica hoy en nuestro idioma la idea de algo que *no puede* llevarse a la práctica. (...) Pero no puede aplicarse a una concepción social como el anarquismo que se basa en un análisis de *tendencias de una evolución presente ya en la sociedad* y en *inducciones* que parten de ahí respecto al curso futuro; aquellas tendencias que fueron, como hemos visto, durante miles de años, la vía principal de crecimiento de hábitos y costumbres sociales, científicamente llamadas derecho consuetudinario, y que se afirman de modo cada vez más patente en la sociedad moderna.

Cuando analizamos el origen de la concepción social anarquista, vemos que ha tenido un doble origen: por una parte, la crítica de las organizaciones jerárquicas y de las concepciones sociales autoritarias y, por la otra, el análisis de las tendencias que muestran los movimientos progresistas de la especie humana en el pasado y, aún más, en el presente."

Ciencia moderna y anarquismo, FRI, pp. 176ss.

2. La moral

"No es posible sociedad alguna sin el reconocimiento general de ciertos principios morales. Si todos se acostumbraran a engañar a sus semejantes; si no pudiéramos confiar nunca en las promesas y palabras del prójimo; si todos nos tratáramos como enemigos, considerando que todos los medios de lucha están justificados... no podría existir la sociedad. Y vemos, de hecho, que, pese a la decadencia de los credos religiosos, los principios morales permanecen inconmovibles. Vemos incluso a individuos antirreligiosos que intentan elevar el nivel moral del presente. El hecho es que los principios morales son independientes de las creencias religiosas: las precedieron. Los primitivos Tchuktchis no tienen religión: sólo supersticiones y temor a las fuerzas hostiles de la naturaleza; sin embargo, encontramos en ellos los mismos principios morales que enseñan cristianos y budistas, musulmanes y hebreos. Algunas de sus prácticas implican, incluso, un nivel de moral tribal muy superior al que muestra nuestra sociedad civilizada.

De hecho, cada nueva religión toma sus principios morales de la única reserva real de moralidad: los hábitos morales que crecen con los hombres en cuanto se unen para vivir juntos en tribus, ciudades o naciones. No es posible sociedad animal alguna sin que aparezcan ciertos hábitos morales y apoyo mutuo e incluso autosacrificio por el bienestar común. Estos hábitos son condición necesaria para el bien de la especia en su lucha por la vida; la cooperación de los individuos es un factor mucho más importante en la lucha por el mantenimiento de la especie que la tan cacareada filosofía de la lucha de los individuos entre sí por los medios de vida. Los «más aptos» en el mundo orgánico son los que se acostumbran a vivir en sociedad; y la vida social implica necesariamente hábitos morales. En cuanto al género humano, ha desarrollado durante su larga existencia en su medio un núcleo de hábitos sociales, de hábitos morales, que no desaparecerá mientras existan sociedades humanas. Y así pues, pese a la influencia en sentido contrario que actúan hoy por nuestras relaciones económicas actuales, sigue existiendo el núcleo de nuestros hábitos morales. La ley y la religión sólo los formulan y procuran imponerlos sancionándolos."

El comunismo anarquista: su base y sus principios, FRI, pp. 78s.

. "Hemos visto el tipo de moralidad que hoy incluso va tomando forma en las ideas de las masas y de los pensadores. Esta moral no impondrá mandatos. Rechazará de una vez por todas la idea de modelar a los individuos de acuerdo con una idea abstracta, lo mismo que rechazará mutilarlos con la religión, la ley o el gobierno. Dejará al hombre individual plena y perfecta libertad. Será sólo un simple registro de datos y hecho, una ciencia. Y esta ciencia dirá al hombre; «Si no eres consciente de la fuerza que hay dentro de ti, si tus energías sólo son las suficientes para mantener una vida incolora y gris, sin impresiones fuertes, sin alegrías profundas, pero también sin profundos pesares, entonces, atente a los simples principios de una justa igualdad. En las relaciones de igualdad hallarás probablemente el máximo de felicidad posible para tus débiles impulsos.

«Pero si sientes en tu interior el vigor juvenil, si quieres vivir, si quieres gozar de una vida plena, perfecta y desbordante, es decir, conocer el supremo gozo que pueda desear un ser vivo, sé fuerte, sé grande, sé vigoroso en todo cuanto hagas.

«Siembra vida a tu alrededor. Ten en cuenta que si engañas, si mientes, si intrigas, si estafas y defraudas, te rebajarás a ti mismo, te degradarás, confesarás de antemano tu propia flaqueza, jugarás el papel del esclavo del harén que se siente inferior a su amo. Haz esto si quieres, pero has de saber que la humanidad te considerará mezquino, despreciable y débil y te tratará como tal. Sin pruebas de tu fuerza, actuará contigo como si fueses un ser digno de lástima y sólo de lástima. No acuses a la humanidad si tú mismo, por tu propia decisión, paralizas tus energías. Sé por el contrario fuerte, y cuando veas la injusticia y la hayas identificado como tal (desigualdad en la vida, una mentira en la ciencia, un sufrimiento causado por otro) rebélate contra lo mismo, lo falso y lo injusto.

«¡Lucha! Luchar es vivir y cuanto más encarnizada la lucha, más intensa la vida. Entonces habrás vivido; y unas horas de esa vida valen años gastados vegetando.

«Lucha para que todo pueda vivir esa vida rica y desbordante. Y no dudes de que en esta lucha hallarás un gozo superior al que pueda proporcionarte cualquier otra cosa.»

Esto es cuanto puede decirte la ciencia de la moral. La elección es tuya."

Moral anarquista. FRI, pp. 125 ss.

. "Sin embargo, si las sociedades no conocieran más que ese principio de igualdad, si cada uno, ateniéndose al concepto de equidad mercantilista, se guardara en todo momento de dar a los otros algo más de lo que ellos reciben, sería la muerte inevitable de la sociedad.

Hasta la noción de igualdad desaparecería de nuestras relaciones, puesto que para mantenerla es preciso que algo más grande, algo más bello, más vigoroso que la simple equidad, se produzca sin cesar en la vida.

Y esto se produce.

Hasta ahora no le han faltado nunca a la humanidad grandes personalidades que, desbordando de ternura, de ingenio o de voluntad, empleaban su sentimiento, su inteligencia o su actividad en servicio del género humano, sin exigirle nada a cambio.

(...) Aquellas personalidades fraguan, unas en la oscuridad, otras en campo más amplio, los verdaderos progresos de la humanidad. Y la humanidad lo sabe. Por lo mismo, rodea sus vidas de respeto, de leyenda. Hasta los embellece y los hace héroes de sus cuentos, de sus canciones, de sus novelas. (...) Aquellas constituyen la verdadera felicidad la única, por otra parte, digna de tal nombre, no siendo el resto sino sencillas relaciones

de igualdad. Sin esos ánimos y esas abnegaciones, la humanidad estaría embrutecida en la ciénaga de mezquinos cálculos. Aquellos, en fin, preparan la moralidad del porvenir, la que vendrá cuando, cesando de contar, nuestros hijos crezcan con la idea de que el mejor uso de toda cosa, de toda energía, de todo valor, de todo amor, está donde la necesidad de esa fuerza se siente con más viveza.

(...) El impulso moral del deber que todo hombre ha sentido en su vida y que se ha intentado explicar por todos los misticismos, el deber no es otra cosa que una superabundancia de vida, que pide ejercitarse, darse; es al mismo tiempo la conciencia de un poder.

Toda energía acumulada ejerce presión sobre los obstáculos colocados ante ella. *Poder* obras es *deber* obrar. Y toda esa *obligación* moral, de la cual se ha hablado y escrito tanto, despojada de toda suerte de misticismo, se reduce a esta verdadera concepción: *La vida no puede mantenerse sino a condición de esparcirse.*

«La planta no puede impedir su florecimiento. Algunas veces, florecer, para ella, es morir. ¡No importa, la savia sube siempre!; concluye el joven filósofo anarquista.

Lo mismo le sucede al ser humano cuando está pletórico de fuerza y de energía. La fuerza se acumula en él; esparce su vida, da sin contar, sin lo cual no viviría; y si debe perecer, como la flor, deshojándose, no importa; la savia sube, si la hay.

Sé fuerte: desborda energía pasional e intelectual y verterás sobre los otros tu inteligencia, tu amor, tu actividad.

He aquí a qué se reduce toda la enseñanza moral, despojada de la hipocresía del ascetismo oriental."

La moral anarquista, pp. 43ss.

3. Apoyo mutuo y solidaridad

"Pero reducir la sociabilidad de los animales al *amor* y a la *simpatía* significa restringir su universalidad y su importancia, exactamente lo mismo que una ética humana basada en el amor y la simpatía personal conduce nada más que a restringir la concepción del sentido moral en su totalidad. De ningún modo me guía el amor hacia el dueño de una determinada casa -a quien muy a menudo ni siquiera conozco- cuando, viendo su casa presa de las llamas, tomo un cubo con agua y corro hacia ella, aunque no tema por la mía. Me guía un sentimiento más amplio, aunque es más indefinido, un instinto, más exactamente dicho, de solidaridad humana; es decir, de caución solidaria entre todos los hombres y de sociabilidad. Lo mismo se observa también entre los animales. No es el amor, ni siquiera la simpatía (comprendidos en el sentido verdadero de estas palabras) lo que induce al rebaño de rumiantes o caballos a formar un círculo con el fin de defenderse de las agresiones de los lobos; de ningún modo es el amor el que hace que los lobos se reúnan en manadas para cazar; exactamente lo mismo que no es el amor lo que obliga

a los corderillos y a los gatitos a entregarse a sus juegos, ni es el amor lo que junta las crías otoñales de las aves que pasan juntas días enteros durante casi todo el otoño. Por último, tampoco puede atribuirse al amor ni a la simpatía personal el hecho de que muchos millares de gamos, diseminados por territorios de extensión comparable a la de Francia, se reúnan en decenas de rebaños aislados que se dirigen, todos, hacia un punto conocido, con el fin de atravesar el Amur y emigrar a una parte más templada de la Manchuria.

En todos estos casos, el papel más importante lo desempeña un sentimiento incomparablemente más amplio que el amor o la simpatía personal. Aquí entra el *instinto de sociabilidad*, que se ha desarrollado lentamente entre los animales y los hombres en el transcurso de un período de evolución extremadamente largo, desde los estadios más elementales, y que enseñó por igual a muchos animales y hombres a tener conciencia de esa fuerza que ellos adquieren practicando la ayuda y el apoyo mutuos, y también a tener conciencia del placer que se puede hallar en la vida social.

La importancia de esta distinción podrá ser apreciada fácilmente por todo aquél que estudie la psicología de los animales, y más aún, la ética humana. El amor, la simpatía y el sacrificio de sí mismos, naturalmente, desempeñan un papel enorme en el desarrollo progresivo de nuestros sentimientos morales. Pero la sociedad, en la humanidad, de ningún modo se ha creado sobre al amor ni tampoco sobre la simpatía. Se ha creado sobre la conciencia -aunque sea instintiva- de la solidaridad humana y de la dependencia recíproca de los hombres. Se ha creado sobre el reconocimiento inconsciente o semiconsciente de la fuerza que la práctica común de la ayuda mutua presta a cada hombre; sobre la dependencia estrecha de la felicidad de cada individuo de la felicidad de todos, y sobre los sentimientos de justicia o de equidad, que obligan al individuo a considerar los derechos de cada uno de los otros como iguales a sus proplos derechos."

El apoyo mutuo, p. 14s.

. "De tal modo, atribuir el progreso industrial del siglo XV a la guerra de todos contra uno significa juzgar como aquél que sin saber las verdaderas causas de la lluvia la atribuye a la ofrenda hecha por el hombre al ídolo de arcilla. Para el progreso industrial, lo mismo que para cualquier otra conquista en el campo de la naturaleza, la ayuda mutua y las relaciones estrechas sin duda fueron siempre más ventajosas que la lucha mutua.

Sin embargo, la gran importancia del principio de la ayuda mutua aparece principalmente en el campo de la ética, o estudio de la moral. Que la ayuda mutua es la base de todas nuestras concepciones éticas, es cosa bastante evidente. Pero cualesquiera que sean las opiniones que sostuviéramos con respecto al origen primitivo del sentimiento o instinto de ayuda mutua -sea que lo atribuyamos a causas biológicas o bien sobrenaturales- debemos reconocer que se puede ya observar su existencia en los grados inferiores del mundo animal. Desde estos grados elementales podemos seguir su desarrollo ininterrumpido y gradual a través de todas las clases del mundo animal y, no obstante, la cantidad importante de influencias que se le opusieron, a través de todos los grados de la evolución humana hasta la época presente. Aun las nuevas religiones que

nacen de tiempo en tiempo -siempre en épocas en que el principio de ayuda mutua había decaído en los estados teocráticos y despóticos de Oriente, o bajo la caída del Imperio Romano-, aun las nuevas religiones nunca fueron más que la afirmación de ese mismo principio. Hallaron sus primeros continuadores en las capas humildes, inferiores, oprimidas de la sociedad, donde el principio de ayuda mutua era la base necesaria de la vida cotidiana; y las nuevas formas de unión que fueron introducidas en las antiguas comunas budistas y cristianas, en las comunas de los moravos, etc., adquirieron el carácter de *retorno a las mejores formas de ayuda mutua que se practicaron en el primitivo período tribal.*

Sin embargo, cada vez que se hacía una tentativa por volver a este venerado principio antiguo, *su idea fundamental se extendía*. Desde el clan se prolongó a la tribu, de la federación de tribus abarcó la nación y, por último -por lo menos en el ideal-, toda la humanidad. Al mismo tiempo, tomaba gradualmente un carácter más elevado. En el cristianismo primitivo, en las obras de algunos predicadores musulmanes, en los primitivos movimientos del período de la Reforma y, en especial, en los movimientos éticos y filosóficos del siglo XVIII y de nuestra época se elimina más y más la idea de venganza o de la "retribución merecida": "bien por bien y mal por mal". La elevada concepción: "No vengarse de las ofensas" y el principio: "Da al prójimo sin contar, da más de lo que piensas recibir". Estos principios se proclaman como verdaderos principios de moral, como principios que ocupan más elevado lugar que la simple "equivalencia", la imparcialidad, la fría justicia, como principios que conducen más rápidamente y mejor a la felicidad. Incitan al hombre, por esto, a tomar por guía, en sus actos no sólo el amor, que siempre tiene carácter personal o, en el mejor de los casos, carácter tribal, sino la *concepción de su unidad con todo ser humano*, por consiguiente, de una *igualdad de derecho general* y, además, en sus relaciones hacia los otros, a entregar a los hombres, sin calcular la actividad de su razón y de su sentimiento y hallar en esto su felicidad superior.

En la práctica de la ayuda mutua, cuyas huellas podemos seguir hasta los más antiguos rudimentos de la evolución, hallamos, de tal modo, el origen positivo e indudable de nuestras concepciones morales, éticas, y podemos afirmar que el principal papel en la evolución ética de la humanidad fue desempeñado por la ayuda mutua y no por la lucha mutua. En la amplia difusión de los principios de ayuda mutua, aun en la época presente, vemos también la mejor garantía de una evolución aún más elevada del género humano."

El apoyo mutuo, pp. 214s.

4. La ley y la justicia

. "El espíritu de rutina que nace de la superstición, la indolencia y la cobardía, ha sido en todas las épocas el principal apoyo de la opresión. En las sociedades humanas primitivas fue aprovechado por sacerdotes y jefes militares. Estos perpetuaron costumbres útiles sólo para ellos y lograron imponerlas a toda la tribu. Mientras este espíritu conservador pudo explotarse para afirmar al jefe en su usurpación de la libertad del individuo, mientras las únicas desigualdades entre los hombres fueron obra de la

naturaleza y no se incrementaron masivamente por la concentración de poder y riqueza, no hubo necesidad de leyes ni del formidable aparato de los tribunales de justicia y de las penas siempre crecientes para hacerlas cumplir.

Pero a medida que la sociedad fue dividiéndose en dos clases hostiles, persiguiendo, una, asentar su dominación sobre la otra y la otra eludirla, comenzó el conflicto. Tuvo entonces el conquistador que apresurarse a asegurar los resultados de sus acciones de forma permanente, intentó ponerlos por encima de toda discusión, hacerlos sagrados y venerables por todos los medios a su alcance. Apareció la ley bajo la sanción del sacerdote, y la maza del guerrero se puso a su servicio. Su oficio fue hacer inmutables las costumbres ventajosas para la minoría dominante. La autoridad militar se encargó de asegurar la obediencia. Esta nueva función fue una garantía más del poder del guerrero; ahora no sólo tenía simple fuerza bruta a su servicio; era el defensor de la ley.

Sin embargo, si la ley no representase más que una colección de normas útiles a los dominadores habría resultado difícil asegurar su aceptación y obediencia. Así, los legisladores mezclaron en un código las dos corrientes de costumbres de las que hemos hablado, las máximas que representan principios de moral y de unión social nacidas como resultado de la vida en común, y los mandatos destinados a asegurar existencia externa a la desigualdad. Las costumbres absolutamente esenciales para la existencia de la sociedad, se entremezclan hábilmente en el código con usos impuestos por la casta dominante, exigiendo ambas el mismo respeto de la mayoría. (...)

Esta era la ley; y ha mantenido su carácter doble hasta el presente. Nació de desear la clase dominante dar permanencia a costumbres impuestas por ella en beneficio propio. Su carácter es la hábil combinación de costumbres útiles a la sociedad, costumbres que no necesitan ley alguna para asegurar su respeto, con otras costumbres sólo útiles a los dominadores y perjudiciales a la masa del pueblo, mantenidas tan sólo por el miedo al castigo.

Como el capital individual, que nació del fraude y la violencia y se desarrolló bajo los auspicios de la autoridad, la ley no tiene derecho alguno a que los hombres la respeten. Nació de la violencia y la superstición y se estableció en interés del mero consumidor, el sacerdote y el explotador, y debe ser destruida del todo para que el pueblo rompa sus cadenas."

Ley y autoridad, FRII, p. 34s.

. "Constantemente se nos habla de los beneficios que proporcionan las leyes, y del efecto benéfico de las penas, pero ¿han intentado alguna vez los que esto dicen colocar en un platillo de la balanza los beneficios atribuidos a leyes y penas y en el otro el efecto degradante de tales penas sobre la especie humana? ¡Basta que calculemos todas las malas pasiones despertadas en el género humano por los atroces castigos que antes se aplicaban en nuestras calles! El hombre es el animal más cruel que hay sobre la tierra. ¿Y quién ha saciado y desarrollado los crueles instintos desconocidos incluso entre los

monos, sino el rey, el juez y los sacerdotes, armados con la ley, por la que se arrancaba la piel a tiras, se echaba agua hirviendo en las heridas, se descoyuntaban los miembros, se aplastaban los huesos y se serraba a los hombres por medio para mantener su autoridad? Calculad el torrente de depravación desatado en la sociedad humana por la «delación», apoyada por los jueces y pagada en metálico por los gobiernos, con el pretexto de ayudar al descubrimiento del «delito». Entrad en las cárceles y estudiad en qué se convierte un hombre cuando le privan de la libertad y le encierran con otros seres depravados, hundidos en el vicio y la corrupción que chorrea de los mundos mismos de nuestras prisiones actuales. Recordad que cuanto más se reforman estas prisiones, más detestables se hacen. Nuestras modernas cárceles modelo son cien veces más abominables que las mazmorras medievales. Considerad, por último, cuánta corrupción, cuánta depravación mental impone a los hombres la idea de obediencia, esencia misma de la ley; la idea del castigo; de que la autoridad tenga derecho a castigar, a juzgar sin tener en cuenta nuestra conciencia ni la consideración de nuestros amigos; de la necesidad de verdugos, carceleros e informadores: en una palabra, de todos los atributos de la ley y la autoridad. Si consideráis todo esto, coincidiréis sin duda con nosotros en que una ley que aplica penas es una abominación que ha de dejar de existir.

Los pueblos sin organización política, y en consecuencia menos depravados que nosotros, han entendido muy bien que el hombre al que se llama «delincuente» es sólo un desdichado; que el remedio no es azotarle, encadenarle o matarle en el patíbulo o la cárcel, sino ayudarle con el más fraternal cuidado, con un tratamiento basado en la igualdad, según las costumbres normales entre hombres honrados. Esperamos que en la próxima revolución se proclame este lema:

«Quemad las guillotinas; demoled las cárceles; prescindid de jueces, policías, delatores, la raza más impura que hay sobre la tierra; tratad como hermanos a quien la pasión empujó a hacer mal a su prójimo; arrebatad, sobre todo, a los innobles productos de la ociosidad de la clase media la posibilidad de desplegar sus vicios con atractivos colores; y estad seguros de que así muy pocos delitos dañarán nuestra sociedad.»

Los máximos apoyos del delito son la ociosidad, la ley y la autoridad; leyes sobre la propiedad, leyes sobre el gobierno, leyes sobre penas y delitos; y autoridad que se encarga de fabricar tales leyes y aplicarlas.

¡Abajo las leyes! ¡Abajo los jueces! La libertad, la igualdad y la comprensión humana práctica son las únicas barreras efectivas que pueden oponerse a los instintos antisociales de algunos de nosotros."

La ley y la autoridad, FRII, pp. 47ss.

"Hasta hoy las instituciones penales, tan caras a los abogados, han sido un compromiso entre la idea bíblica de venganza, la creencia medieval en el demonio, la idea del poder del terror de los abogados modernos y la de la prevención del crimen por medio del castigo.

No deben construirse manicomios para substituir a las cárceles. Nada más lejos de mi pensamiento que idea tan execrable. El manicomio es siempre cárcel. Lejos también de mi pensamiento esa idea, que los filántropos airean de cuando en cuando, de que debe ponerse la cárcel en manos de médicos y maestros. Lo que los presos no han hallado hoy en la sociedad es una mano auxiliadora, sencilla y amistosa, que les ayude desde la niñez a desarrollar las facultades superiores de su inteligencia y su espíritu; facultades éstas cuyo desarrollo natural han obstaculizado o un defecto orgánico o las malas condiciones sociales a que somete la propia sociedad a millones de seres humanos. Pero si carecen de la posibilidad de elegir sus acciones, los individuos privados de su libertad no pueden ejercitar estas facultades superiores de la inteligencia y el corazón. La cárcel de los médicos, sería mucho peor que nuestras cárceles presentes. Sólo dos correctivos pueden aplicarse a esas enfermedades del organismo humano que conducen al llamado delito: fraternidad humana y libertad. (...)La cárcel no impide que se produzcan actos antisociales. Multiplica su número. No mejora a los que pasan tras sus muros. Por mucho que se reformen, las cárceles seguirán siendo siempre lugares de represión, medios artificiales, como los monasterios, que harán al preso cada vez menos apto para vivir en comunidad. No logran sus fines. Degradan la sociedad. Deben desaparecer. Son supervivencia de barbarie mezclada con filantropía jesuítica.

El primer deber del revolucionario será abolir las cárceles: esos monumentos de la hipocresía humana y de la cobardía. No hay por qué temer actos antisociales en un mundo de iguales, entre gente libre, con una educación sana y el hábito de ayuda mutua. La mayoría de estos actos ya no tendrían razón de ser. Los restantes serían sofocados en su origen.

En cuanto a aquellos individuos de malas tendencias que nos legará la sociedad actual tras la revolución, será tarea nuestra impedir que ejerciten tales tendencias. Esto se logra ya muy eficazmente mediante la solidaridad de todos los miembros de la comunidad contra tales agresores. Si no lo lográsemos en todos los casos, el único correctivo práctico seguiría siendo tratamiento fraternal y apoyo moral.

No es esto una utopía. Se ha hecho ya con individuos aislados y se convertirá en práctica general. Y estos medios serán mucho más poderosos para proteger a la sociedad de actos antisociales que el sistema actual de castigo que es fuente de constantes delitos."

Las cárceles y su influencia moral sobre los presos, FRII, pp. 67-70

5. La revolución

«Todo lo que afirmáis es muy correcto», dicen a menudo quienes discuten nuestras posiciones. «Vuestro ideal de comunismo anarquista es excelente y su realización produciría en efecto el bienestar y la paz en la tierra; ¡pero qué pocos lo desean, qué pocos lo comprenden y qué pocos tienen la abnegación necesaria para trabajar por su

advenimiento! Sólo sois una pequeña minoría, unos débiles grupos diseminados aquí y allá, perdidos en medio de una masa indiferente; y el enemigo con el que os enfrentáis es terrible, bien organizado, posee armas, capitales e instrucción. La lucha que habéis emprendido está por encima de vuestras fuerzas.» (...)

Poco importa que, en cuanto a la cantidad, seamos minoría: ¡la cuestión no es esa! ¡Lo importante es saber si las ideas del comunismo anarquista se adecuan a la evolución que en este momento se está produciendo en el espíritu humano, sobre todo en los pueblos de raza latina! Pero acerca de esto no puede haber duda alguna. La evolución no se produce en el sentido del autoritarismo; se produce en el sentido de la más completa libertad del individuo, del grupo productor y consumidor, de la comuna, del agrupamiento, de la federación libre. La evolución no se produce en el sentido del individualismo propietario, sino en el sentido de la producción y el consumo en común. (...)

Si la anarquía y el comunismo hubiesen sido el producto de especulaciones filosóficas, forjadas en la sombra de los gabinetes por unos científicos, ciertamente esos dos principios no encontrarían eco alguno. Pero estas dos ideas han nacido entre las entrañas mismas del pueblo. Son el enunciado de lo que piensan y dicen el obrero y el campesino cuando se salen un día de la rutina cotidiana y empiezan a soñar con un futuro mejor. Son el enunciado de la lenta evolución que se ha producido en sus espíritus durante el transcurso de este siglo. Son la concepción popular de la transformación que pronto ha de operarse para traer justicia, solidaridad, fraternidad a nuestras ciudades y a nuestros campos. Nacidas del pueblo, son aclamadas por el pueblo cada vez que les son expuestas de una manera comprensible.

Allí reside, en efecto, su verdadera fuerza y no en el número de los adherentes activos, agrupados y organizados, que son lo suficientemente valerosos como para correr los riesgos de la lucha, desafiar las consecuencias a que se expone quien trabaja para la revolución popular. Ese número aumenta día a día y seguirá aumentando, pero sólo en vísperas de la sublevación llegará a ser mayoría y dejará de ser la minoría que es hoy.

La historia nos dice que quienes fueron minoría en vísperas de la revolución se convierten en fuerza predominante el día de la revolución si representan la genuina expresión de las aspiraciones populares y si -otra condición esencial- la revolución dura un cierto tiempo, como para permitir que la idea revolucionaria se difunda, germine y dé sus frutos."

Palabras de un rebelde, MZ, p.70ss.

. "Nuestro primer deber es descubrir mediante un análisis de la sociedad su *tendencia* en un momento dado de su evolución y formular claramente esa tendencia. Luego, actuar de acuerdo con esa tendencia en nuestras relaciones con todos los que piensan como nosotros. Y por último, a partir de hoy, y sobre todo durante los períodos revolucionarios, trabajar por la destrucción de las instituciones y de los prejuicios que impiden el desarrollo de tales tendencias.

Esto es todo lo que podemos hacer por métodos pacíficos o revolucionarios, y sabemos que favoreciendo las tendencias contribuimos al progreso, mientras que los que se oponen a ellas impiden el avance del progreso.

Sin embargo, los hombres hablan a menudo de etapas por las que hay que pasar, y proponen que luchemos por conquistar lo que consideran la posición más próxima y sólo *luego* seguir el avance hacia lo que reconocen como ideal más alto.

Pero creo que razonando así interpretamos mal el verdadero carácter del progreso humano y acudimos a una comparación militar inadecuada. La humanidad no es una bola que rueda, ni siquiera una columna en marcha. Es un todo que evoluciona simultáneamente en la multitud de millones que la componen. Y si deseamos una comparación debemos elegirla preferentemente en las leyes de la evolución orgánica y no en las de un cuerpo orgánico en movimiento.

No hay duda de que cada fase de desarrollo de una sociedad es el resultado de todas las actividades de las inteligencias que componen esa sociedad; lleva el sello de todos esos millones de voluntades. En consecuencia, sea cual sea la etapa de desarrollo que nos prepara el siglo veinte, este futuro estado de la sociedad mostrará los efectos del despertar de ideas libertarias que está produciéndose hoy. Y la profundidad con que este movimiento marque las instituciones del siglo veinte dependerá del número de hombres que rompan hoy con prejuicios autoritarios, de la energía con que ataquen las viejas instituciones, de las impresiones que causen en las masas, de la claridad que imprima en el pensamiento de éstas el ideal de una sociedad libre.

Todos los partidos (incluido el socialista autoritario) han sofocado siempre la iniciativa de los obreros y campesinos, a sabiendas o no, mediante la disciplina partidista. Los comités y las centrales lo ordenan todo; los órganos locales sólo pueden obedecer, «para no poner en peligro la unidad de la organización». Es toda una doctrina, en una palabra, un historia completamente falsa, escrita para servir ese objetivo, una seudociencia económica totalmente incomprensible, elaborada con ese fin.

Así pues, los que trabajan para desarticular esas tácticas anticuadas, los que saben estimular el espíritu de iniciativa de individuos y grupos, los capaces de crear un movimiento en sus relaciones mutuas y una vida basada en los principios del libre entendimiento, los que entienden que *la variedad, el conflicto incluso, es vida, y la uniformidad, muerte*, trabajarán todos no para los siglos futuros sino, ardorosamente, para una revolución inmediata, en nuestra propia época."

Anarquismo: su filosofía y su ideal. FRI, pp. 158ss.

. "Siempre germinarán nuevas formas de vida durante una revolución sobre las ruinas de las formas viejas, pero no habrá nunca gobierno capaz de darles expresión *mientras esas formas no hayan adquirido un perfil definido durante el propio trabajo de reconstrucción*, que debe desarrollarse en miles de puntos al mismo tiempo. Es imposible

legislar para el futuro. Lo único que podemos hacer es vislumbrar vagamente sus tendencias esenciales y despejarle el camino.

Enfocando así los problemas de la revolución, es evidente que el anarquismo no puede simpatizar con el programa que se dirige a una «conquista del poder en la sociedad actual». Sabemos que por medios parlamentarios pacíficos es imposible tal conquista del Estado actual. La burguesía no cederá su poder sin lucha. Resistirá. Y en la medida en que los socialistas se convierta en un poder en la sociedad y el Estado burgueses, su socialismo morirá. En caso contrario, las clases medios, que son mucho más poderosas, tanto intelectual como numéricamente, de lo que admite la prensa socialista, no les aceptarían como sus gobernantes. Y sabemos también que si una revolución diese a Francia, Inglaterra o Alemania gobiernos socialistas, esos mismos gobiernos serían absolutamente impotentes sin la actividad del propio pueblo, y pronto empezarían actuar de modo inevitable como freno de la revolución.

Por último, nuestros estudios de las etapas preparatorias de todas las revoluciones nos llevan a la conclusión de que ni una sola de ellas nació en los parlamentos ni en ningún otro cuerpo representativo. *Todo empezó en el pueblo*. Y ninguna revolución ha aparecido con armadura completa, ninguna revolución nació como Minerva de la cabeza de Júpiter, con todas sus armas, en un día. Todas tuvieron sus períodos de incubación, durante los cuales las masas fueron muy lentamente empapándose del espíritu revolucionario, se hicieron más audaces, empezaron a albergar *esperanzas* y, paso a paso, salieron de su primitiva indiferencia y de su resignación. Y el despertar del espíritu revolucionario siempre se produjo de tal modo que, al principio, personas aisladas, profundamente conmovidas por la situación existente, protestaron contra ella de forma independiente.."

Ciencia moderna y anarquismo, FRI, pp. 213s.

. "Reconocer y proclamar de viva voz que cada uno, cualquiera haya sido su etiqueta en el pasado, cualesquiera sean su fuerza o su debilidad, sus aptitudes o su incapacidad, posee ante todo el *derecho a vivir*, y que la sociedad tiene el deber de dividir entre todos sin excepción los medios de existencia de que dispone. ¡Reconocerlo, proclamarlo y actuar en consecuencia!

Obrar de manera tal que, desde el primer día de la revolución, el trabajador sepa que una nueva era se abre ante él: que a partir de ese momento nadie estará obligado a acostarse bajo los puentes, junto a los palacios; a estar en ayunas mientras haya alimentos; a tiritar de frío junto a las tiendas de abrigos de piel. Que todo pertenezca a todos, tanto en la realidad como en los principios; que por fin en la historia se produzca una revolución que piense en las *necesidades* del pueblo antes de enseñarle cuáles son sus *deberes*.

Esto no podrá realizarse por medio de decretos, sino únicamente a través de la toma de posesión inmediata, efectiva, de todo lo necesario para asegurar la vida de todos:

es la única manera verdaderamente científica de proceder, la única que la masa del pueblo comprende y desea.

Tomar posesión, en nombre del pueblo sublevado, de los depósitos de trigo, de las tiendas atiborradas de vestimentas, de las casas habitables. No despilfarrar nada, organizarse de inmediato para llenar todos los vacíos, atender todas las necesidades, satisfacer todas las necesidades, producir, ya no para dar beneficios a nadie, sino para que la sociedad viva y se desarrolle."

La conquista del pan., MZ, p. 80

6. Comunismo libertario

. "Durante miles y miles de años la producción del alimento era una carga, casi un castigo para la humanidad. Pero ya eso no es necesario. Si os hacéis vosotros mismos el suelo y en parte la temperatura y la humedad que cada cosecha requiere, veréis que la producción del alimento anual de una familia, en condiciones racionales de cultivo, necesita tan poco trabajo, que casi puede hacerse como un mero cambio de ejercicio. Si os ocupáis en labrar con ayuda de vuestros vecinos, en vez de levantar altas tapias para ocultaros a su vista, si utilizáis lo que ya nos ha enseñado la experiencia y llamáis en vuestra ayuda a los inventos de la ciencia y el arte, que jamás dejan de responder al llamamiento (mirad, si no, lo que se ha hecho en el ramo de guerra), os quedaréis sorprendidos ante la facilidad con que podréis extraer del suelo un alimento rico y variado. Admiraréis la cantidad de conocimientos útiles que los hijos adquirirán al lado de sus padres, el rápido crecimiento de su inteligencia y la facilidad con que se harán cargo de las leyes de la Naturaleza animada e inanimada.

Tened las fábricas y los talleres cerca de las huertas y tierras de labor, y trabajad en unas y otras alternativamente. No refiero a esos vastos establecimientos donde se funden los metales en grande escala y deben situarse en lugares determinados, sino a la innumerable variedad de talleres y fábricas que son necesarios para satisfacer la infinita variedad de talleres y fábricas que son necesarios para satisfacer la infinita variedad de gustos de los pueblos civilizados. No a esas fábricas en las que los niños pierden hasta su apariencia de seres humanos en la atmósfera de un infierno industrial, sino a aquellas ventiladas, higiénicas y, por consecuencia, económicas, en las cuales la vida humana se tiene en más valor que las máquinas o el deseo de aumentar las utilidades, y cuyos modelos, aunque limitados, se van encontrando en varias partes: fábricas y talleres hacia los que los hombres, las mujeres y los niños no se verán arrastrados por el hambre, sino atraídos por el deseo de encontrar una ocupación en armonía con sus inclinaciones, y en donde, ayudados por el motor y la máquina, elegirán el ramo de actividad que más les satisfaga.

. Que esas fábricas y talleres se construyan, no para hacer negocios vendiendo cosas inútiles y nocivas a los esclavizados africanos, sino para satisfacer las necesidades desatendidas de millones de europeos, y entonces os maravillará el ver con qué facilidad

y en qué poco tiempo pueden cubrirse nuestras exigencias de vestidos y de miles de artículos de lujo, desde el momento en que la producción se encamine a satisfacer verdaderas necesidades y no a engordar a los accionistas con crecidos dividendos, o a derramar el oro en el bolsillo de los directores o iniciadores en grande."

Campos, fábricas y talleres, p. 148

. "Los anarquistas no pueden admitir, como los colectivistas, el que una remuneración proporcional a las horas de trabajo dedicadas por cada individuo a la producción de bienes pueda ser el ideal social, ni tan siquiera una aproximación a ese ideal. Sin entrar aquí a discutir en qué medida el valor de cambio de cada mercancía puede hoy medirse realmente por el volumen de trabajo necesario para su producción (habrá que dedicar al tema un estudio independiente), digamos que el ideal colectivista nos parece simplemente irrealizable en una sociedad que se ha visto empujada a considerar los medios básicos de producción como propiedad común. Tal sociedad tendría que abandonar por completo el sistema salarial. Creemos imposible que el individualismo mitigado de la escuela colectivista pudiera coexistir con el comunismo parcial implícito en la tenencia en común de tierras y máquinas; a menos que lo impusiese un gobierno poderoso, mucho más poderoso que todos los que existen en la época actual. Este sistema salarial de hoy procede de la apropiación de los medios de producción por unos pocos; fue la condición necesaria para el crecimiento de la producción capitalista actual; y no puede sobrevivirla, aunque se intentase pagar al trabajador el valor completo de su producto, y se substituyese el dinero por bonos-horas-de-trabajo. La posesión en común de los medios de producción implica disfrute común de los frutos de esa producción comunitaria; y sólo consideramos posible una organización equitativa de la sociedad abandonando todo sistema salarial, y cuando todos, contribuyendo al bienestar común en la medida plena de su capacidad, disfruten también de la reserva común de la sociedad para la satisfacción más amplia posible de sus necesidades.

Sostenemos, además, no sólo que el comunismo es un estado deseable de la sociedad, sino que la tendencia creciente de la sociedad moderna es precisamente hacia el comunismo (comunismo libre) pese al crecimiento, aparentemente contradictorio, del individualismo. En el aumento del individualismo (sobre todo en los tres últimos siglos) vemos tan sólo la lucha del individuo por emanciparse de los crecientes poderes del capital y del estado. Pero junto a esto vemos también, a lo largo de la historia y en nuestra propia época, una lucha sorda de los productores de riqueza por mantener el comunismo parcial de la antigüedad, así como por reintroducir principios comunistas de una forma nueva siempre que aparecen condiciones favorables."

El comunismo anarquista: su base y sus principios, FRI, pp. 61s.

. "En efecto: en su reuniones, los proletarios revolucionarios afirman claramente su derecho a toda la riqueza social y la necesidad de abolir la propiedad individual, tanto para los valores de consumo como para los de reproducción. «El día de la revolución nos

apoderaremos de *toda* la riqueza, de *todos* los valores acumulados en las ciudades y los compartiremos todos por igual», dicen los portavoces de la masa obrera y sus oyentes lo confirman con su unánime asentimiento.

«Que cada uno coja del montón lo que necesita; podemos estar seguros de que en los graneros de nuestras ciudades habrá suficiente alimento como para alimentar a todo el mundo hasta el día en que la producción libre emprenda su nuevo camino. En las tiendas de nuestras ciudades hay suficiente vestimenta como para vestir a todo el mundo, amontonadas sin vender, en medio de la miseria general. También hay suficientes objetos de lujo como para que todo el mundo escoja según su propio gusto.»

A juzgar por lo que se dice en las reuniones, la masa proletaria considera la revolución de la siguiente manera: introducción inmediata del comunismo anarquista y libre organización de la producción. Estos dos puntos son inconmovibles y, en este sentido, las comunas de la revolución que gruñe a nuestras puertas no volverán a repetir los errores de sus predecesores, quienes con el derramamiento de su generosa sangre despejaron el camino hacia el porvenir."

Palabras de un rebelde, FRI, p. 86s.

VII.RICARDO MELLA

1. Libertad y autoridad

"Así pues, afirmada la igualdad entre los hombres y la autonomía de la razón individual, cada uno de vosotros ha de ser necesariamente su dios, su rey, su todo (...). La tendencia social ha sido siempre la misma, mermar la autoridad, discutirla, limitarla y, en conclusión, suprimirla. Todo lo que se limita, se niega, ha dicho no sé quién, y la autoridad viene negada desde que el primer hombre se rebeló contra ella, arrancándole en sus esfuerzos sucesivos, hoy un atributo, mañana un elemento, al día siguiente una función. Luzbel, el sublime rebelde, llega a encarnarse en todos los hombres y a triunfar.

La anarquía es sencillamente la libertad total: la libertad de pensamiento, libertad de acción, libertad de movimientos, libertad de contratación, basada en la más completa igualdad de condiciones humanas, tanto económicas como jurídicas, políticas y sociales. La libertad y la igualdad son dos afirmaciones fundamentales. Obtiénese la primera por la supresión de todo gobierno. Alcánzase la segunda por la posesión en común de toda la riqueza social. Conságranse una y otra por el espontáneo funcionamiento de todos los individuos y organismos mediante el pacto."

La anarquía, PAE, p. 393

"La mayor parte de los hombres, industriales, obreros y comerciantes, dependen económicamente de un pequeño grupo de capitalistas. Y no hay cábala posible, no hay combinación bastante maravillosa que haga fácil la emancipación colectiva de todos esos esclavos sin poner mano a la propiedad y al Estado. Para que la libertad sea un hecho, para que la iniciativa individual halle siempre francos y expeditos todos los caminos, para que, en fin, la independencia legue a su máximo, es necesario e indispensable suprimir a un mismo tiempo el gobierno y la propiedad. El gobierno porque toda autoridad externa, formalmente organizada y establecida, toda autoridad permanente que no es dado rechazar ni sustituir en cada instante, supone necesariamente subordinación personal. La propiedad, porque todo dominio exclusivo de las cosas, todo acaparamiento de la riqueza, implica para muchos privación de la necesario a la vida y, por tanto, relación de dependencia entre individuos desigualmente dotados de los medios de trabajo. La autoridad, en tanto cuanto se nos impone por sí, sin que nosotros intervengamos para designarla en cada momento y sin que en cada instante podamos prescindir de ella, en tanto cuanto no es de libre aceptación, como la autoridad del médico o del ingeniero,

constituye un atentado permanente a la personalidad y es el órgano obligado de la esclavitud. La propiedad, en tanto cuanto no es de uso universal ni está al alcance de todos para regular la satisfacción de las necesidades, en tanto cuanto se vincula en un número determinado de hombres con exclusión por tanto de otros hombres, es un despojo legalmente organizado y sostenido, pero contra el cual la naturaleza tanto como el espíritu de justicia se han pronunciado siempre. La autoridad y la propiedad como patrimonio de unos pocos, no es otra cosa que la sanción de la fuerza vencedora sobre un campo de batalla. Mas cada hombre es su propia autoridad, su propio soberano; y su libertad de pensar, de sentir, de manifestar, de obrar, no admite límites ni cortapisas. Limitarla es destruirla. ¿Qué importa que se reconozca el derecho de pensar libremente y el derecho de manifestación si se ponen grillos a la acción universal."

Lombroso y los anarquistas, p. 114

"Pero la libertad no puede existir realmente en toda plenitud sin otro principio que le es correlativo: la igualdad. Y digo que no puede existir sin ésta porque organizándose los hombres para realizar todos sus fines humanos, la libertad pierde su carácter primitivo, no en cuanto se refiere al absolutismo de su esencia, sino en aquello que se relaciona con el ejercicio de la misma, puesto que en su origen se manifiesta insolidaria, antisocial y antihumana, como sucede en los pueblos salvajes, y en su desenvolvimiento progresivo se torna solidaria, eminentemente social y humana, como acontece aunque lentamente en todos los pueblos a donde la civilización ha llegado, cosas todas que suponen un principio de justicia que juntamente con el de la libertad constituye el fundamento de todo organismo.

La íntima relación que entre la libertad y la igualdad existe, me obliga a tratar ambas a un mismo tiempo.

El ejercicio de la libertad implica mutualidad y respeto de unos hacia otros, reciprocidad de garantía y transición natural de lo propio a lo ajeno, de lo uno a lo vario, de lo particular a lo general, y todo esto no puede existir sin la igualdad. Donde ésta falta, predomina el privilegio, la jerarquía social, el poder del más fuerte, la invasión de lo propio por lo ajeno y, recíprocamente, la insolidaridad y la guerra, cosas todas que implican negación o anulación de la libertad. Toda sociedad en que esos dos principios no entren como factores principales de su organización, es viciosa e injusta."

Diferencias entre el comunismo y el colectivismo, PAE, p. 409s.

2. Leyes sociales, leyes morales

"Las leyes se hacen o para reglamentar sentimientos, costumbres, intereses, etc., ya existentes o para crearlos nuevos. En el primer caso, la ley, al confirmar los hechos, no hace sino cerrar el paso a modificaciones que necesariamente surgirán pronto o tarde en el espíritu público; en el segundo será nula y obstaculizará el desenvolvimiento normal

del país, si en él no halla elemento favorable, si no concuerda o con necesidades sentidas, o con sentimientos embrionarios que traten de desenvolver, o en fin, con ideas y costumbres que se hallan ya iniciadas en la colectividad. De todos modos, si la ley no viene revestida de cierto espíritu de necesidad y de justicia, si no entra en los elementos de raciocinio o de efectividad del público, pugnará en vano largo tiempo por crear aquello que no tiene condiciones de fertilidad en el inmenso campo social. Y si además contradice, como ocurre casi siempre, los sentimientos públicos, vulnera los intereses comunes o particulares, modifica violentamente las ideas, entonces la ley nace muerta."

La coacción moral, p. 15

"Podría atribuirse a impurezas de la realidad lo que es la insania del principio mismo y afirmar, no obstante todas las experiencias en contrario, la posibilidad de regirse por las decisiones de las mayorías. Y en este supuesto nos toca demostrar, aun a trueque de hacer monótono este trabajo, la falsedad de la pretendida ley en todos los aspectos.

Convencidos del radical antagonismo entre la libertad individual y la preponderancia avasalladora de la masa, negamos toda autoridad constituida, ya provenga de la fuerza, ya provenga del número. Para que el individuo y el grupo puedan coexistir sin destruirse, es necesario aniquilar cualquier forma de la imposición del uno sobre el otro. Para nosotros, que fundamos nuestros ideales en la libertad individual ilimitada, la AUTARQUIA es el método obligado de convivencia social. El bien de uno es tan respetable como el bien de todos, por lo que sólo a condición de identificar los intereses, la libertad será un hecho. He ahí por qué somos libertarios y por qué somos socialistas: porque entendemos que la raíz de toda oposición entre individuos, así como entre colectividades, o entre unos y otras, se halla en la forma de apropiación individual, y deducimos que la armonía social ha de producirse mediante la posesión en común de la riqueza y de la libertad completa de acción para los individuos y para los grupos.

Y como este criterio de la libertad excluye toda idea de subordinación a las mayorías, vamos a demostrar que la ley del número es falsa en sí misma y que la sociedad puede arreglar todos sus asuntos sin apelar al procedimiento del sufragio.

Afírmase por los mantenedores de esta pretendida ley que las mayorías, o más bien las pretendidas mayorías, gozan de ilimitaión en sus derechos, y la práctica prueba ciertamente su aserto.

Sin embargo, las leyes casi nunca se cumplen; la mayoría de los hombres las esquivan; los más enérgicos las repudian. ¿En qué consiste esto? En la imposibilidad de comprender en una o en varias leyes la inmensa variedad de los intereses, de las costumbres y de las condiciones. Cada individuo, cada colectividad, tiende a diferenciarse produciéndose de distinto modo; mientras que la ley trata de uniformarlos y obligarles a obrar y conducirse de una misma manera. Los intereses comunes no pueden ser reglamentados uniformemente, porque la comunidad no es nunca tan estrecha que no suponga fraccionamiento y serie, divergencia y oposición. Para que la identidad de los

intereses se verifique, es necesario que, viniendo de abajo, se establezcan relaciones de solidaridad voluntaria y espontáneamente de individuo a individuo, de grupo a grupo, de forma que alcancen a comprender en una resultante más o menos definida todos los miembros sociales. Entonces, en esta organización seriada de las partes, cada una de éstas habrá conservado su sello especial y su personalidad, esto es, toda su libertad. La rebelión, falta de verdaderos motivos determinantes, dejará de producirse, tanto más cuanto que aquella organización no sería por su naturaleza misma inmutable, sino el producto consciente de la voluntad de sus componentes en cada momento de tiempo y en cada lugar manifestada. Pero este procedimiento es precisamente el opuesto a la regla de las mayorías, como que se genera en la personalidad libre y en ella tiene su asiento, y por tanto constituye la negación rotunda del derecho de legislar atribuido a aquellas."

La ley del número, p. 39ss.

"Lo que se denomina sentimientos colectivos, pretendiendo darle un órgano y una tal supremacía que pueda traducirse en leyes fijas y constantes; lo que suele llamarse espíritu público porque resume las costumbres, sentimientos o ideas aceptadas universalmente en un momento dado, no es para nosotros otra cosa que la coacción moral de que tratamos. Solamente que así como muchos entienden que el sentimiento colectivo o espíritu público obra indirectamente sobre los hombres por mediación de un mecanismo social cualquiera o es la imposición necesaria de la voluntad del mayor número sobre las voluntades individuales, tendiendo a darle cierto sentido de permanencia e inmutabilidad contradictoria, nosotros entendemos que la expresión real de los sentimientos colectivos o del espíritu público se reduce al simple cambio no reglamentado de influencias personales y colectivas entre todos los elementos que componen la sociedad. Entendemos asimismo que este cambio no se confina en nadie ni se ejerce por ministerio de órgano alguno directivo, sino que, al contrario, su poder de difusión y multiplicación proviene de que se ejerce indistintamente por todo el mundo, hombres o mujeres, jóvenes o ancianos, ignorantes o sabios, ociosos o trabajadores. Es indudable que en cada uno de nosotros ejercen presión las opiniones y los sentimientos de los demás, y lo es también que, a la vez, cada uno de nosotros influye en los sentimientos y opiniones generales. Estas recíprocas influencias son unas veces de sentido afirmativo, de modificativo otras; y así, lenta o rápidamente, se establecen o modifican los sentimientos individuales o los colectivos, el espíritu particular, el espíritu público. Entendemos, pues, por coacción moral la influencia, o si se quiere, la presión que en nuestro ánimo ejercen los sentimientos de nuestros semejantes, presión que, como ya hemos dicho, tiene carácter de reciprocidad y de ningún modo obedece a cálculos determinados y descansa únicamente en el voluntario acatamiento que los individuos prestan a todo aquello que juzgan equitativamente y que saben es reconocido como tal por sus conciudadanos.

Podrá argüírsenos que lo que denominamos coacción moral es propiamente coacción social, mas como con este último término se quiere designar la hegemonía o la preeminencia de un todo orgánico sobre sus partes componentes, completamente ilusoria

según tendremos ocasión de demostrar, preferimos la primera expresión en su sentido genuino de libre cambio de recíprocas influencias.

Es cierto que la coacción social se traduce en temor a la opinión pública y que muchas veces no se ejecutan determinados actos que se juzgan buenos por la simple razón de que la opinión pública los rechaza. Es cierto en un sentido más amplio, según lo demuestra Spencer, que en el curso de la evolución moral de los hombres se guían principalmente por temor al jefe, a la divinidad, al poder del Estado o de la ley, y finalmente a la opinión pública.

Pero es de observar cómo la coacción social, identificándose poco a poco con la conciencia del individuo y con la Naturaleza, se torna a la postre en coacción moral interna, de tal manera que el hombre llega a guiarse únicamente por sus juicios, sobreponiéndose a todo motivo de temor y al temor mismo."

La coacción moral, p. 5ss.

3. Anarquismo sin adjetivos

"La ilusión de un anarquismo cerrado, compacto, uniforme, puro y fijo como la fe inmaculada en lo absoluto, pudo vivir en los entusiasmos de momento, en las imaginaciones febriles, ansiosas de bondad y de justicia; pero exhaustas de verdad y razón. Muere fatalmente cuando el entendimiento se aclara y el análisis desgaja las entrañas de la idealidad. Y llega el momento supremo de hacer añicos las propias creencias, de romper los cachivaches ideológicos adquiridos en tal o cual autor, en el amorío con ésta o la otra tesis filosófica o social. ¿Por qué ocultarlo? ¿Por qué continuar batallando a nombre de puerilidades pseudocientíficas y semiológicas? La verdad no se encierra en un punto de vista exclusivo; no se guarda en arcas de frágil tabla; no está ahí a la mano ni al alcance del primer osado que resuelva descubrirla. Como las ciencias, como todo lo humano, está en formación, estará perpetuamente en formación. Estamos y estaremos siempre obligados a caminar tras ella por tanteos sucesivos, que no de otra suerte se forma el caudal de los conocimientos y se establece la certidumbre.

Es así como el Anarquismo será superado. Y cuando hablo del Anarquismo y digo que bulle en muchos cerebros algo incomprensible para el mundo que muere, y que se presiente más allá de la Anarquía un sol, que nace porque en la sucesión del tiempo no hay ocaso sin orto, es del Anarquismo doctrinario, que forma escuela, que levanta capillas, que edifica altares. Sí; más allá de este momento necesario de la bancarrota de las creencias, está la amplia síntesis anarquista que recoge de todos los particularismos afirmados, de todas las tesis filosóficas, de todos los avances formidables de la común labor intelectual, las verdades establecidas bien comprobadas, por cuya demostración toda lucha es ya imposible. Esta síntesis amplísima, expresión acabada del Anarquismo que abre sus puertas a todo lo que llega del mañana y a todo lo que queda firme y fuerte del ayer y se reafirma en el embate del hoy que escudriña lo desconocido, esta síntesis es la negación terminante de toda creencia.

No es menester gritar: ¡Abajo las creencias! Ellas perecen a sus propias manos. La creencia es un obstáculo al conocimiento, como la fe. Y en el rebullir inquieto de cuantos nos decimos anarquistas, las creencias fracasan. No lo ocultemos. Que cada uno arroje de sí la vieja dogmática de sus opiniones, los amores de su predilección filosófica y, lanzando el espíritu por los anchos senderos de la investigación sin trabas, llegue a la concepción del Anarquismo consciente, viril, generoso, que no riñe sino con los convencionalismos y con los errores y tiene tolerancia para todas las ideas, pero que no acepta, ni aun a título provisorio, sino aquello que esté bien comprobado.

Este Anarquismo es el que se halla en formación callada, es el que se elabora lentamente en las creencias capaces de sentir la presión de los atavismos que surgen por doquier, es el que me hizo escribir «La bancarrota de las creencias»: un grito de protesta contra la realidad del rebaño anarquista, de aliento para la independencia personal, de expansión para el ideal que cada día vive más fuerte en mí y me anima a la pelea por un porvenir que no he de gozar, pero que será de justicia, de bienestar y de amor a los hombres de mañana. Este Anarquismo es el Anarquismo naciente, capaz de recoger en su seno todas las tendencias libertarias, de alentar todas las nobles rebeldías y de imprimir a los espíritus generosos el impulso de la libertad en todas las direcciones, sin cortapisas y sin perjuicios, con la sola condición de que el exclusivismo no levante murallas chinescas y de que el entendimiento se entregue por entero y sin reservas a la verdad que late vigorosa en las más diversas modalidades del ideal nuevo.

Ya no se dirá a nombre del Anarquismo: ¡No más allá! La justicia absoluta, revivida en el dogma que muere, no será sino la meta indeterminada que cambia según se desenvuelve la mentalidad humana. Y no caeremos de nuevo en el extraño y singular error de fijar un límite, por lejano que sea, al progreso de las ideas y de las formas de convivencia social.

El Anarquismo naciente proclama el más allá inacabable después de haber derribado todos los valladares del secular absolutismo intelectual de los hombres."

El anarquismo naciente, FML, p. 107ss.

"Es menester aniquilar el prurito teorizante, dar garrote vil a todos los exclusivismos: al dogma, al espíritu sectario. ¿Autoliberación se ha dicho? Pues es preciso liberarse de los principios de escuela, de los errores de método, de los vicios de estudio. Todo es verdad fuera de cualquier particularismo doctrinal. (...) Llevemos tan allá como quepa en los espacios de nuestra mentalidad la supremacía del hombre, su propio yo como eje de toda la existencia; que habituados a la vida servil, somos incapaces de comprender que todo se deriva de nosotros mismos y que el más hermoso ideal de todos los ideales es aquel que formulamos al afirmar que la labor de los siglos y de las generaciones no es para los hombres más que una: la de superarse a sí mismos. Vayamos tras el hombre nuevo, trepemos animosos por los abruptos riscos; que la fe, sin embargo, no nos ciegue hasta el punto de olvidar que no hay un término para el desenvolvimiento humano; que

el ideal se aleja tanto más cuanto más a él nos aproximamos; que la cima, en fin, es inaccesible. Pero abramos de par en par las puertas de nuestro entendimiento, reuniendo en una amplia síntesis el contenido de la aspiración suprema, de la cual no son más que elementos componentes todas esas parciales doctrinas que parecen dividir a las falanges que preconizan una sociedad libre. El desarrollo integral de la personalidad, el anarquismo sin prejuicios, sin particularismos, tal es la expresión genérica, universal, positiva, de tantas y tantas al parecer divergentes tesis de nuestros jóvenes, de nuestros precursores y de nuestros propagandistas."

Ideario, p. 68

4. El colectivismo

"Figuraos una sociedad nueva. Los llamados poderes públicos han sido abolidos y el principio de autoridad se ha esfumado. El mandato y al obediencia no existen: todo es voluntario, acatamiento, mutuo apoyo, recíproco respeto. La autoridad es materia de cambio, cada cual acepta como le parece conveniente, del mismo modo que aceptamos hoy día los preceptos de higiene, la opinión de los especialistas, etc. Todos los hombres son libres, libremente se trabaja, libremente se cambia, libremente se contrata. La propiedad privada de la tierra, de las fábricas, de las minas, ha sido sustituida por la posesión en común. Cada cual, individuo o grupo, usa libremente de cuanto necesita para producir, cambiar y consumir. El arte y la ciencia son del dominio general. Todo se ha socializado.

A la división de gobernantes y gobernados ha sustituido la asociación de los hombres libres. A la de explotadores y explotados, la gran familia de los iguales, iguales a la medida de sus diversas y de sus variables necesidades. La igualdad implica la medida de la satisfacción de todas las desigualdades naturales."

Breves apuntes sobre las pasiones humanas, PAE, p. 422.

"El colectivismo está completamente de acuerdo con la ciencia. La tierra libre para el agricultor libre; la fábrica libre para el industrial libre; el elemento de trabajo libre siempre para el productor libre. Sea la libertad el instrumento universal que resuelva todos los problemas de la vida, así en el individuo como en la sociedad. Sea la asociación o el contrato federativo, por otro nombre, quien resuelva todos los conflictos de la libertad. Sea, en último término, la solidaridad quien nos defienda contra todas las alteraciones de las leyes naturales.

Apoyan este nuevo ideal humano:

I. La tendencia generalizadora del Derecho, o sea el paralelismo, la simetría en el desenvolvimiento y la integración de la libertad, de la propiedad y de la solidaridad.

II. La tendencia de la evolución social.

III. El principio universal de la lucha humana, o sea, la existencia de la soberanía individual y la colectiva.

V. La necesidad de la diferenciación individual, libre de toda traba y de toda ley que no provenga de la naturaleza o de la ciencia y sea voluntariamente aceptada."

El colectivismo. Sus fundamentos científicos, FML, p. 97

"No se trata de que la masa popular resuelva de plano los asuntos comunes mediante deliberaciones y acuerdos que implicarían una especie de gobierno directo. No se trata tampoco de asambleas, reunidas como quiera, que impongan a todo el mundo sus decisiones. Trátase, al contrario, de que procediendo de los simple a lo compuesto, de lo definido a lo indefinido, de lo homogéneo a lo heterogéneo, los hombres se inteligencien por el común acuerdo libre para todos los fines de la vida colectiva. Contratos y series de contratos es todo lo que sustituiría a las deliberaciones de las asambleas actuales, de los congresos y de los gobiernos. Interpretar el anarquismo en el sentido de una serie de asambleas populares que discuten todos los asuntos y toman acuerdos que se convierten en mandatos, es un error carísimo sin otra explicación posible que el desconocimiento del asunto.

No excluye ciertamente la teoría anarquista las deliberaciones y las asambleas. Al contrario, júzgaselas necesarias porque se juzga necesaria también la comunicación, el comercio de las ideas, el análisis y el concierto en todos los asuntos. (...) Pero que los hombres se reúnan cuantas veces quieran, que deliberen y discutan a sus anchas, que adopten las conclusiones que se les antojen; que si no tienen el privilegio de gobernar a los demás, si no se atribuyen el derecho de convertir en mandatos sus conclusiones, desaparecerán como por ensalmo todos los vicios, todas las corruptelas, todos los errores que pululan en las asambleas. Los congresos médicos y de higiene no dan leyes, dan preceptos y consejos, cuyo acatamiento es voluntario. Como este ejemplo, puédense citar muchos. Generalícese el procedimiento y se tendrá una idea de lo que las asambleas significan dentro del anarquismo."

Lombroso y los anarquistas, p. 100s

"Los tres órdenes de producción, agrícola, industrial e intelectual, forman un todo armónico en mutua correspondencia de relaciones y solidaridad. Se necesitan recíprocamente y se completan entre sí, agrupándose por el haz federativo en varias asociaciones locales, regionales, continentales y universales. Este inmenso todo no obedece a reglas determinadas, ni subsiste por fuerza alguna extraña. Las fuerzas cohesivas de subsistencia son fuerzas propias, naturales, que a ejemplo de la ley de gravitación en el mundo sideral, mantienen en equilibrio permanente las diversas agrupaciones elementales o simples y compuestas. Las reglas, las leyes, por las que se rigen y desenvuelven estos

organismos, son las inmutables de la sociología, deducidas de la Naturaleza y libre y espontáneamente observadas por todos y cada uno.

Rotas todas las trabas, todos los diques que en la antigüedad viciaban el medio social de desarrollo biológico y torcían la evolución del progreso humano, esclavizando al hombre y fomentando el antagonismo y la guerra de los intereses, restituída la naturaleza humana a su estado de libre manifestación y de desenvolvimiento, surge brillante y poderosa la armonía y la fraternidad de los hombres y los intereses, y se realiza sin violencia el perfeccionamiento evolutivo de la sociedad y del individuo por la doble compensación de la lucha por la existencia y la cooperación para la lucha. Por la primera el estímulo necesario a la multiplicación de los productos entra en noble lid y le da a la sociedad medios abundantes para satisfacer ampliamente sus necesidades morales, intelectuales y materiales. Por la segunda, se asocian las fuerzas y se conserva la energía y se encamina al bien común, evitando la perversión de la lucha y haciendo converger los opuestos estímulos a un mismo fin, el de mayor bienestar posible mediante el menor esfuerzo necesario. !Fruto magnífico de la libertad y de la asociación, verdaderas manifestaciones de las fuerzas centrífuga y centrípeta del organismo social!"

La Nueva Utopía, FML, p. 252s.

5. Evolución y revolución

"Suele entenderse la evolución como un desenvolvimiento constante, constantemente dirigido hacia un mismo fin. Nada más lejos de la realidad.

La evolución es un desenvolvimiento discontinuo con sus paradas, sus retrocesos y sus saltos, según acusan los hechos. La finalidad no es sino una, resultando difícilmente determinable a priori. Sólo a largos intervalos de espacio y de tiempo se advierte el progreso.

El atento examen de cualquier género de sucesos pondrá de manifiesto la exactitud de aquella afirmación. Ni en lo político, ni en lo social, ni en lo económico, el mejoramiento se verifica de un modo continuo, seguido, uniforme. Hay siempre reacciones, somnolencias y también aceleraciones, fruto todo ello de las resistencias opuestas a la dirección ideal del movimiento. La evolución se cumple necesariamente venciendo estas resistencias, lo que quiere decir que es en zig-zag como se avanza y no rectilíneamente.

Por ello, la necesidad y la fatalidad del progreso humano no son cosa de cada momento, sino materia de tendencia, de fin, de idealidad que realizar. Y así es como la evolución, si bien tiene realidad unitaria en tiempo y espacio indeterminados, varía en cada instante y en cada lugar determinados.

Cualquier otro modo de entender el desenvolvimiento de las cosas humanas podrá ser un artificio intelectual todo lo grande y profundo que se quiera, pero estará en abierta contradicción con los hechos, de los que hemos de servirnos necesariamente para

fundamentar bien nuestras opiniones y conocimientos, ya que ellos son la raíz de toda ciencia."

Ideario, p. 109

"Pero las revoluciones no son simples sediciones. El acto de fuerza no es la revolución misma. Las revoluciones se cumplen en varios períodos de honda transformación. Los actos de fuerza no son más que signos de revelaciones, burbujas de la fermentación interior. La resultante a distancia es lo único que permite reconocer nuestra obra cumplida. (...)

Los hombres conscientes de su obra transformadora no pueden engañarse; no se pueden abandonar a la seducción de la violencia, ni al espejuelo de los cambios milagrosos. (...)

Por atavismo, por educación, somos propensos a la violencia. Por error o por cortedad de vista atribuimos a la violencia las más excelsas virtudes revolucionarias. Acabamos de sustituir los medios al fin. Y naturalmente, la fuerza acaba en ídolo, olvidados de que por la violencia se han afirmado y constituido todos los poderes y todas las tiranías.

La violencia es en sí misma odiosa. Y si es verdad que fatalmente hemos de confiar a la fuerza la solución definitiva de las contiendas humanas, no lo es menos que las revoluciones son algo más profundo y más humano y más grande que las bárbaras matanzas que en el curso de los siglos no han hecho más que afirmar la bestia y someter al hombre."

Ideario, p. 118s.

"Pero lo que ocurre en la Naturaleza sucede de un modo semejante en las sociedades humanas. Las ideas trabajan un día y otro la razón colectiva, van haciéndose un lugar en nuestras conciencias, van minando poco a poco toda la existencia social hasta convertirse en una necesidad y determinar el momento preciso en que, sin detenerse en reparo ni consideración alguna, se lanzan los elementos populares a esas formidables explosiones de los sentimientos contenidos, a esas grandiosas revoluciones que han conquistado todos nuestros progresos y han de conquistar todavía otros mayores. Y no cabe suponer que siendo las revoluciones producto de la evolución basta cruzarse de brazos y esperar el momento en que fatalmente deben estallar aquéllas. Tanto valdría echar por tierra con un simple sofisma cuanto de racional contiene la teoría revolucionaria.

La evolución social tiene por órgano a los hombres; ellos constituyen el medio en que aquélla se desenvuelve, y así como los fenómenos naturales dependen de las fuerzas en que tienen su origen, así las revoluciones humanas dependen de los seres vivientes por cuya mediación se realizan. Si se centuplica una fuerza cualquiera, claro es que al obrar aquélla centuplicará o su poder o su rapidez. Pues si los hombres que trabajan por el progreso centuplican sus nobles esfuerzos y su actividad, es asimismo evidente que el resultado será o cien veces mayor o cien veces más próximo.

Es, pues, la revolución un momento fatal de la evolución, un momento que se produce a pesar de todos los antagonismos y oposiciones, pero tanto más próximo cuanto más pronto se destruyan aquellos antagonismos y oposiciones. (...)

La evolución es lenta o es rápida según las circunstancias, los lugares y los tiempos; la evolución vence todas las resistencias, y porque las vence produce las revoluciones, esas revoluciones de las ideas que entrañan algo esencial y no esas otras pretendidas revoluciones que sólo conducen a una mayor agravación del cesarismo omnipotente de los gobiernos. La evolución y la revolución son, en fin, una misma cosa y quien de evolucionista se precie ha de ser necesariamente.

Soy, pues, revolucionario porque soy evolucionista; quiero la evolución con todas sus consecuencias; quiero la revolución que modifique sustancialmente las condiciones en que al presente vivimos, la revolución que nos dé la libertad, toda la libertad, y la igualdad completa de condiciones económicas; quiero la revolución que, dando de mano a todas las formas del poder y de la desigualdad social, permita organizar a los pueblos sobre la base de la solidaridad humana, quiero, en resumen, la revolución que nos emancipe política, social y económicamente y entiendo, queridos amigos, que esta grandiosa revolución de un porvenir próximo, debemos quererla todos."

Evolución y revolución, FML, p. 72ss.

"Y es fuerza que aceptemos las cosas como son, y que, aceptándolas, no flaquee nuestro espíritu. En el momento crítico en que todo se desmorona en nosotros y alrededor de nosotros; cuando nos penetramos de que no somos ni mejores ni peores que los demás; cuando nos convencemos de que el porvenir no se encierra en ninguna de las fórmulas que aún nos son caras, de que la especie no se conformará jamás a los moldes de una comunidad determinada, llámese A o llámese B; cuando nos cercioremos, en fin, de que no hemos hecho más que forjar nuevas cadenas, doradas con nombres queridos, en este momento decisivo es menester que rompamos todos los cachivaches de la creencia, que cortemos todos los ataderos y resurjamos a la independencia personal más firme que nunca.

Si se agita una individualidad vigorosa dentro de nosotros, no moriremos moralmente a manos del vacío intelectual. Hay siempre para el hombre una afirmación categórica, el «devenir», el más allá que se aleja sin tregua y tras el cual es preciso correr, sin embargo. Corramos más aprisa cuando la bancarrota de las creencias es cosa hecha.

¿Qué importa la seguridad de que la meta se alejará eternamente de nosotros? Hombres que luchen, aun en esta convicción, son los que se necesitan; no aquellos que en todo hallan elementos de medro personal; no aquéllos que hacen de los intereses de partido banderín de enganche para la satisfacción de sus ambiciones; no aquellos que, puestos a monopolizar en provecho propio, monopolizan hasta los sentimientos y las ideas.

También entre los hombres de aspiraciones más sanas se hace plaza el egoísmo, la vanidad, la petulancia necia y la ambición baja. También en los partidos de ideas más generosas hay levadura de la esclavitud y de la explotación. Aun en el círculo de los más nobles ideales pululan el charlatanismo y el endiosamiento; el fanatismo, pronto a la intransigencia con el amigo, más pronto a la cobardía con el adversario; la fatuidad que se hombrea al amparo de la ignorancia general. En todas partes la mala hierba brota y crece. No vivamos de espejismos.

¿Dejaremos que nos aplaste la pesadumbre de todo lo atávico que resurge, con nombres sonoros, en nosotros y alrededor de nosotros?

Erguirse firme, más firme que nunca, poniendo la mira más allá, siempre más allá de una concepción cualquiera, revelará al verdadero luchador, al revolucionario de ayer, de hoy y de mañana. Sin arrestos de héroe, es menester pasar impávido a través de las llamas que consumen la mole de los tiempos, arriesgarse entre las maderas que crujen, los techos que se hunden, los altos muros que se desploman. Y detrás no quedarán sino cenizas, informes escombros que habrán aplastado la mala hierba. Para los que vengan después no restará más que una obra sencilla: liberar el suelo de obstáculos sin vida."

La bancarrota de las creencias, FML, p. 104s.

VII.DIEGO ABAD DE SANTILLAN

1. El anarquismo como ideal de la humanidad

"La anarquía, gobierno del hombre por sí mismo, es decir, negación del gobierno de unos hombres por otros, es un ideal de liberación, el más universal y el más lógico de la especie humana. Desde que el bípedo implume comenzó a pensar y comprender, el anhelo de libertad fue uno de los resortes de acción, de luchas y de progreso. No habríamos salido aún de las cavernas sin ese impulso fundamentalmente fisiológico. Cada época, cada ambiente, cada conglomerado, le dio un nombre, un contenido, más o menos concreto, objetivos determinados, no por ilusorios y precarios a veces menos íntimamente sentidos.

La veta roja de rebelión, de progreso, de emancipación, que recorre la historia, es el espíritu de la libertad, la aspiración a un más perfecto equilibrio, a una más amplia autodeterminación, a un desenvolvimiento completo.

La anarquía es el nuevo nombre del viejo ideal humano del progreso. No trae de nuevo, de esencialmente nuevo, otra cosa que la clarificación de conceptos, la concreción de razones, el examen más profundo de las causas de la miseria y de la esclavitud de los pueblos. Pero ese resultado es hijo de la época, de las adquisiciones y conquistas previas, de la mayor cultura, del grado de enriquecimiento mental a que ha llegado la humanidad en las últimas centurias."

Ideal y táctica, AR, p. 247s.

"Hay que repetirlo, el anarquismo no es un sistema político ni un sistema económico, es un anhelo humanista que no culmina en una orientación o en una estructura ideales, perfectas, sin rozamientos de intereses ni ambiciones de poder, en las que el ser humano carecerá de problemas, de desajustes, y en las que la vida transcurrirá mansamente, dulcemente. Esos paraísos terrestres los forjan otros y los presentan otros con la ayuda eficiente de pelotones de ejecución de desafectos; los forja la autocracia, la del rey por la gracia de Dios; los forja la democracia de los estamentos; los forja la dictadura del jefe que no se equivoca nunca, infalible como los papas; los forja la dictadura del proletariado sometido a un partido único; los forja la dictadura de la burguesía financiera o industrial; los forjan los regímenes parlamentarios en los momentos de una relativa estabilidad social, etc., etc.

El anarquismo no está ligado a ninguna de esas construcciones políticas, aunque tenga que vivir y desarrollarse en ellas, sobrevivir o perecer en ellas, en unas con mayor holgura y en otras con menor, o constreñido al silencio; no está ligado a ellas, buenas, malas, medianas, ni propone un sistema que las sustituya o las supere; se contenta con iluminar sus defectos, sus mentiras, sus insuficiencias; puede reconocer más justicia en un régimen político más representativo que el de los parlamentos en crisis, en un régimen político que dé acceso al nivel de decisión sobre los destinos colectivos a las entidades populares; que permita una construcción de abajo arriba, desde los municipios, desde los gremios, las cooperativas, desde el mundo del trabajo, intelectual, científico, técnico, manual; pero tampoco adquiere compromiso de entrega al alentar esa modalidad del nuevo organismo político-económico, que suprimiría muchas tensiones y conflictos y permitiría una ordenación más justa de las relaciones sociales y una distribución más equitativa de la riqueza, del fruto del pensamiento y del producto del trabajo creador.

El anarquismo no es una receta política para la felicidad universal, ni un programa económico perfecto, una panacea; más allá de lo que ayer, de lo que hoy puede parecer ideal, hay siempre algo mejor, un resorte irrompible e incorruptible: el ideal. Se ha objetado que esa falta de programa y de concreción es la debilidad del anarquismo, pero esa es su fuerza permanente, su vitalidad, su piedra angular; su lema, su meta, es la defensa de la dignidad y de la libertad del hombre, y eso en todas las circunstancias y en todos los sistemas políticos, los de ayer, los de hoy, los de mañana. No agota su vigor en un triunfo eventual, electoral o insurreccional, y se mantiene en su ruta infinita y en su resistencia contra toda forma de opresión de unos pocos o de muchos sobre el hombre."

Estrategia y táctica, p. 148s.

"¿Qué es el anarquismo? No es aquello que pintaron gratuitamente las crónicas policiales, los detractores de derecha y de izquierda, ni lo que admitieron incluso muchos de los que se creían o se llamaban anarquistas. El anarquismo, en su esencia íntima, es una concepción humanista que se ha manifestado en todos los tiempos y en todas las circunstancias, mucho antes de que Proudhon haya tomado con su extraordinaria capacidad dialéctica su acepción negativa para devolverla como una solución positiva, constructiva. En el uso corriente, *anarquía*, no gobierno, no autoridad del hombre sobre el hombre, equivalía a caos, a desconcierto, a desorden, porque los amos habían logrado que se identificase la sumisión, la esclavitud, el acatamiento pasivo a su autoridad como orden; desde Proudhon se llamaron anarquistas los que antes llevaban otras denominaciones o se expresaban con otro vocabulario, pero que, antes y después, fueron los auténticos amigos del orden. Se llamaban anarquistas porque eran amigos del orden, del orden con justicia, del orden con libertad, del orden con dignidad. La reacción moral, y a veces material, en defensa del hombre oprimido, negado, ese humanismo con el que se manifiesta el anarquismo, es hermano y heredero del que tuvo expresiones concretas a través de la historia, como idea y como actitud *ética*, en el pensamiento de filósofos, de teólogos, de pensadores de las más altas categorías, y como hechos de reivindicación y

de justicia en incontables y variadísimas formas, una de las cuales fue la apología del tiranicidio en tantos espíritus selectos del s. XVI, por ejemplo, en un padre Mariana. No habría existido moral humanista si no hubiese habido una realidad opresiva de lo humano, un estructura económica, social y política antihumana, como no hubiese habido un antiesclavismo sin la existencia previa de esclavos. (...)

El anarquismo es una denominación nueva, tan sólo desde mediados del s. XIX, de una actitud moral y de una concepción humanista básica; defiende la dignidad y la libertad del hombre en cualesquiera que sean las circunstancias; puede manifestarse sin cubrirse o definirse con esa palabra que dio origen a tantas discusiones, hostilidades y martirios. Y en el fondo interesaría poco que la voz desapareciese, porque con ella no desaparecería su esencia, su anhelo, su mensaje."

Estrategia y táctica, p. 143s.

2. Libertad de experimentación

"Nosotros no creemos que el socialismo sea científico; puede encontrar en la ciencia argumentos sin fin en apoyo de sus aspiraciones; pero es un esfuerzo de la voluntad humana y un anhelo que no se deja medir, ni pesar ni calcular. ¿Es científica la justicia? ¿Es científica la libertad? ¿Es científica la socialización de la riqueza? Son cosas independientes, que dependen del grado de cultura, de la concepción del mundo y de la vida que tengan los individuos y las colectividades, pero que viven separadamente, marchan por su propio camino y, si no van contra la ciencia, tampoco esperan nada de ella.

Si el socialismo fuese científico, precisamente por eso estaría más obligado a propiciar la libre experimentación, porque es la única manera de demostrar su viabilidad, su verdad, su exactitud. ¿Qué hombre de ciencia se atreve, antes de experimentar, de comprobar, de contrastar una y mil veces un hecho a sostener que ésta o aquélla es la verdad verdadera?

Nosotros estimamos que el socialismo, toda concepción de la sociedad futura, es una hipótesis; que puede haber tantas concepciones socialistas como se quiera, que no puede atribuirse a ninguna de ellas la verdad absoluta hasta que haya experimentado prácticamente sus postulados en la piedra de toque de los hechos, de la vida real."

La libre experimentación en el socialismo, AR, p. 258.

"Nuestra razón de ser como individuos y como movimiento está en nuestra posición ante el principio de autoridad, en nuestra afirmación perenne del respeto a la libertad de todos y cada uno. (...)

Creemos que una buena parte de las gentes no está con nosotros por ignorancia; pero la mayoría no lo está por la educación recibida, porque no comprende nuestras

aspiraciones, porque no tiene la misma sensibilidad que nosotros, el mismo desarrollo del sentido de la libertad, de la independencia, la misma comprensión de la justicia.

Puede la revolución suscitar en muchos hombres las fuerzas libertarias adormecidas por la rutina cotidiana, por el ambiente hostil; pero no hará por arte de magia de la minoría anarquista una mayoría absoluta. Y aunque fuésemos mañana mayoría, no seríamos sin duda la sociedad entera. Quedaría una minoría disidente, desconfiada, enemiga de nuestras ensayos, temerosa de nuestra audacia experimental, deseosa de seguir por otra camino.

Ahora bien: si no rehuimos la violencia para combatir la violencia esclavizadora, en la nueva construcción económica y social no podemos emplear más que la persuasión y el ensayo práctico. Podemos rechazar con la fuerza a quien intente subyugarnos, someternos a sus intereses o a sus concepciones, pero no podemos emplear la fuerza para obligar a los que no comparten nuestros puntos de vista a vivir como nosotros pretendemos vivir. De ahí que nuestro respeto a la libertad debe alcanzar incluso a la libertad de nuestros adversarios para vivir su propia vida, en tanto que no quieran ser agresivos hacia los demás, negar la libertad ajena."

La revolución libertaria y sus condiciones, AR, p. 209

"Los anarquistas no somos paranoicos, no tenemos horror al vacío; ante todo, porque ese vaco no se producirá; porque la vida tiene ya en sus instintos y en sus mismas tendencias biológicas más previsión y más acierto que los más sabios de los legisladores. Y no somos paranoicos porque confiamos en el hombre, a cuyo despertar nos consagramos más que a otra cosa. Nosotros no decimos a los pueblos que la salvación está en nosotros, en los estatutos de nuestras organizaciones, en lo que nosotros estimamos bueno, sino en ellos mismos, en su fuerza creadora, en su libre iniciativa, en su acción propia. Hay, como se ve, una diferencia muy seria entre el modo de interpretar la propaganda de los libertarios con frenos y esposas y nosotros, que tenemos la modestia de juzgarnos hombres del término medio, vulgares, sin contacto con el verbo del espíritu santo ni aspiramos a convertirnos en semidioses. Somos hombres de la calle que por un accidente cualquiera de la vida hemos aprendido que la causa más honda de los males sociales está en la existencia de la autoridad que esclaviza al individuo en el Estado y en el sistema económico; quisiéramos que todos los hombres comprendiesen cuál es la causa de su mal y pugnasen por emanciparse de las ligaduras que los oprimen. Esa es la misión de la propaganda nuestra: exponer las razones que tenemos para repudiar la esclavitud política y la explotación económica. El día que las muchedumbres estén convencidas de ello, lo mismo que nos esforzamos nosotros particularmente por ser libres y por crear a nuestro alrededor un ambiente de libertad, lo hará cada uno de los convencidos y se entrará en los umbrales de una nueva vida."

La legislación del porvenir, AR, p. 99

"Dos son las grandes rutas, las soluciones y las salidas que se nos ofrecen para encaminarnos a un mundo nuevo, de paz, de justicia, de trabajo fecundo y feliz. Por un lado tenemos, exacerbadas, llevadas al extremo, todas las armas del arsenal del autoritarismo: el Estado absolutista, centralizado, pero constituido y ornamentado en nombre y para el interés de distintos conglomerados sociales. (...) Con cualquiera de estas dos dominaciones tenemos el absolutismo, tenemos el hombre reducido a su mínima expresión o totalmente anulado en sus valores distintivos y en su dignidad. (...) Y es que la tiranía, de tanto arraigo en la historia y en los hábitos adquiridos de sumisión y de obediencia, no es una planta que brota sin el debido terreno nutricio. Hay tiranos porque hay esclavos y luego hay esclavos porque conviene a los tiranos. Como el paralítico por sugestión, el hombre con vocación de esclavo imagina que no podrá subsistir sin abdicar de su personalidad y su dignidad en manos extrañas, al amparo de cualquier mito. Grandes masas obreras, de la clase media y hasta representantes de la llamada burguesía, intelectuales, artistas, claman por una dictadura, como las ranas de la fábula clamaban por un rey. (...)

La otra ruta es menos espectacular: quiere hacer del hombre, de sus necesidades y de sus aspiraciones, la medida de todas las cosas; quiere el ensayo y la experimentación en el campo económico y social; quiere la libertad hasta para equivocarse, para errar; quiere una forma de vida no capitalista fundada en asociaciones libres de productores y de consumidores libres; rechaza todo absolutismo porque sostiene que no hay verdades absolutas, indiscutibles, y por consiguiente, no hay hombres, partidos o clases que estén ungidos con el óleo santo de la infalibilidad; quiere un revolución en la moral, en las costumbres, en las instituciones y quiere iniciar esa revolución desde hoy mismo, como hoy mismo se siembra la semilla de la que puede surgir el árbol frondoso mañana. En una palabra, esta solución edifica única y exclusivamente sobre le hombre y su libertad, para que tome en sus manos y sea responsable de su destino. Se trata de elegir."

Estrategia y táctica, p. 51s.

3. Revolución integral

"Si hemos de comenzar la nueva vida como minoría, cuanto antes mejor. La semilla de hoy es el árbol de mañana. Lo que hoy se comienza en pequeño, en circunstancias poco propicias, tendrá más dificultades para desarrollarse, pero si lleva en su seno un germen vital, sano, no será sofocado por la hostilidad ambiente, como no se ha podido sofocar la ideología libertaria, no obstante los ensañamientos feroces de todos los gobiernos.

De ahí nuestro deseo de comenzar, de hacer la revolución desde hoy mismo, en pequeño, si no se puede hacer en grande, en la conducta si no puede hacerse en la economía, en un radio de acción cada vez mayor.

Lo importante es oponer al mundo moral vigente un mundo moral nuevo, resistir activamente al estatismo, negándole nuestro concurso, no sólo en el Parlamento, sino en la vida cotidiana, en la obediencia a sus leyes, en la sumisión a su máquina inhumana de opresión; lo importante es restar nuestro concurso al capitalismo lo más posible, eludir sus leyes económicas, no marcar el paso de acuerdo al ritmo de la sociedad actual y tratar de establecer frente al Estado y al capitalismo nuestra propia vida, la práctica de nuestras aspiraciones en la medida lo más amplia posible.

Porque si en la labor cotidiana somos buenos obreros, súbditos obedientes, llegará un momento en que las clases privilegiadas no se asustarán de nuestras palabras; se habituarán a oír hablar de nuestras ideas y perderán toda inquietud respecto a nuestra peligrosidad. La oposición puramente ideológica no es suficiente y a la larga se esteriliza por completo y se vuelve inofensiva. Es preciso encarar una oposición activa, no sólo en las ideas, sino en los hechos, rehuir lo más posible la prestación directa o indirecta de servicios para el capitalismo y el estatismo, emanciparnos más y más de la obligación de trabajar para los amos cuando es más fácil y mejor trabajar para nosotros mismos, según nuestras necesidades y nuestros gustos."

El ideal y la metodología anarquista, AR, p.71

"En esto no insistiremos nunca bastante. Nosotros queremos transformar la sociedad en que vivimos, instaurar en el mundo un régimen de vida sin leyes ni autoridades, sin coacción estatal (lo cual no quiere decir sin defensa contra los factores antisociales). Eso no es posible más que sobre la base de una moral superior, de la libre convivencia en la solidaridad. Cualquier otra corriente política o social puede mirar despectivamente, de arriba abajo, las concepciones morales, pues, al no rechazar el principio de autoridad, las normas sociales que establezcan no han de variar profundamente de las que establecen los actuales dirigentes del Estado político y económico. Se puede pasar del zarismo al bolchevismo y las condiciones no cambian en lo esencial; el hombre viejo no tendrá que realizar ningún esfuerzo para adaptarse al régimen nuevo. Pero el paso del estatismo a la anarquía exige un hombre nuevo, un individuo renovado, moralmente superado.

Justamente este hombre nuevo es el que tenemos nosotros por misión crear, el que nosotros debemos comenzar por esculpir en nosotros mismos. Al marxismo le basta contar con el materialismo histórico, con la fuerza de las realidades económicas. A nosotros, no. Nosotros no conoceremos la tierra de promisión de la anarquía más que si logramos crear hombres capaces de vivirla. Y no lo podremos crear si no estamos nosotros ya espiritualmente en camino, por lo menos, de demostrar que no hacen falta amos ni tiranos, que sabemos vivir como hombres libres y dignos de la libertad."

El ideal y la metodología anarquista, AR, p. 57

"Ya hemos dicho cuán poco nos sugiere la idea de una revolución catastrófica, que no ha sido previamente anunciada por una transmutación de valores éticos y sociales y por una multitud de instituciones y de relaciones libertarias entre los hombres. Si la revolución no se ha hecho efectivamente antes de las incidencias finales de la violencia popular que destruya los últimos obstáculos, los últimos baluartes, aun triunfantes en la batalla saldremos vencidos como anarquistas, porque los acontecimientos de una contienda bélica no tienen la virtud de mejorar, sino, en todo caso, de empeorar a los hombres, despertando en ellos pasiones e instintos ancestrales.

Los hombres esclavos hoy no adquirirían el espíritu de libertad por el arte mágico de una lucha armada de unas semanas o de unos meses contra otros esclavos que defenderían los intereses de los privilegiados. Los insociables de hoy, los elementos antisociales no se convertirían en ángeles al día siguiente de esa revolución soñada como una palingenesia universal. Seguirían siendo aproximadamente los mismos, si no peores.

Por otra parte, las instituciones no se mantienen sólo y siempre por la fuerza; se mantienen también por el hábito, por las costumbres. Un aparato de dominio tiene más base en el sentimiento de obediencia que en las ansias de mando. Muchas instituciones actuales del régimen capitalista y estatal dejarían automáticamente de existir si la desobediencia fuese mayor, si el acatamiento no fuera tan general.

En nuestra impotencia para desobedecer, para resistirnos hoy mismo, con un poco de energía a las solicitaciones e imperativos del régimen en que vivimos, soñamos con el advenimiento de una revolución mesiánica, que nos redimirá hasta de los propios pecados de la cobardía, de la falta de iniciativa y de la servidumbre voluntaria."

El ideal y la metodología anarquista, AR, p. 67

"El simplismo de la rutina ha hecho surgir la ilusión de las revoluciones milagrosas, totalitarias. Se han inventado credos inmutables, se han forjado dogmas intangibles, alentado fantasías pueriles. La Revolución es como un organismo natural que se desarrolla de gérmenes primarios. No da más frutos que los contenidos en la semilla. La convulsión en la calle es como el parto que alumbra el nuevo ser y le pone en condiciones de proseguir su desarrollo en otros ambientes y en otras circunstancias. El contenido de la revolución no está en los credos políticos y sociales en boga, sino que la Humanidad doliente ha hecho germinar en su espíritu de acuerdo con su nivel de cultura y sus necesidades. Una revolución no nos dará más grado de libertad que aquella a que seamos acreedores, ni nos hará avanzar más allá de donde seamos capaces de ir. La verdadera Revolución es la que llevamos dentro de cada uno. Cada época y cada generación impulsan la marcha de la Humanidad más o menos, según las reservas de energía y la capacidad creadora de que disponen. Hoy podemos conseguir una importante etapa, un objetivo fundamental: el desplazamiento de la dirección económica que detentaba la alta burguesía parasitaria y la regulación de la vida social por los obreros manuales, los campesinos y los técnicos.

Sería preciso concretar esa posibilidad del momento, dejando para las generaciones futuras la prosecución de una obra que no tiene meta."

Los anarquistas, la revolución y la pequeña burguesía, AR, p. 361

4. Lucha infinita contra la opresión y la explotación

"La anarquía es compatible con las condiciones económicas más diversas. Se puede ser anarquista con arado romano o con el tractor moderno; se puede serlo con un primitivo taller de artesano o con una fábrica racionalizada; nadando en la abundancia o sufriendo privaciones; en un palacio confortable o en una choza de mala muerte. La anarquía es una actitud del espíritu ante la vida y puede manifestarse en todas las situaciones económicas, porque en todas el hombre puede ser dueño de sí mismo, reivindicar el dominio de la propia voluntad y rechazar la imposición externa. Negación del principio de la autoridad del hombre sobre el hombre, no requiere un estado económico determinado, al revés del marxismo, que quiere realizarse como corolario de la evolución capitalista. Más bien hace falta a la anarquía un cierto nivel de cultura, de conciencia de las propias fuerzas; de capacidad de autogobierno. Los idiotas no pueden ser anarquistas y la tutela en ellos, como en los niños, es un deber de humanidad hacia los más débiles e ineptos."

Sobre la anarquía y las condiciones económicas, AR. p. 199

"No obstante la posibilidad de vivir la anarquía en cualquiera que sea el grado de desenvolvimiento económico, es indudable que las condiciones materiales de vida influyen poderosamente sobre la psicología humana. En un período de privaciones, el individuo se vuelve egoísta, insolidario; en la abundancia es generoso, amplio, predispuesto a la buena vecindad y al buen acuerdo.

Todos los períodos de miseria son períodos de embrutecimiento de las costumbres, de lucha feroz, de todos contra todos. En ese sentido puede decirse que la economía influye seriamente en la vida espiritual del individuo y en la convivencia social. Y por eso buscamos aquellas condiciones que ofrecen más comodidad, más confort, más ventajas, no sólo porque es muy humano aspirar a una vida cada vez más libre de preocupaciones e inquietudes de orden material, sino porque esas condiciones constituyen una garantía de relaciones iguales y solidarias entre los hombres.

No dejamos de ser anarquistas al sentir el estómago vacío; pero no es con el estómago vacío como nos encontramos más a gusto. Queremos, por tanto, un régimen económico en que la abundancia, el bienestar, el disfrute, estén al alcance de todos.

Esa aspiración no es lo que nos distingue, sin embargo, en tanto que revolucionarios; porque un ideal de bienestar lo tienen todos los movimientos sociales y ninguno

rechaza la abundancia de medios de vida y el acceso a ellos de todos los seres humanos, al menos teóricamente. Lo que nos distingue es nuestra condición de anarquistas, que anteponemos a la abundancia; pues, al menos como individuos, preferimos la libertad junto al hambre, a la hartura junto a la esclavitud y la abyección."

El organismo económico de la revolución, p. 205.

"Idea de infinitud, la anarquía es el eterno más allá, el espíritu que salta por sobre todas las barreras; pero como cada época y cada ambiente circunscriben las conquistas maduras y posibles, la utilidad y la razón máxima de los anarquistas está en saber polarizar en ellos las luchas en torno a esas adquisiciones. De lo contrario, nuestra gran causa, variable en su contenido concreto según la época, la cultura y las condiciones materiales de la vida de los pueblos, sería ocioso platonismo sin ningún objetivo práctico.

La anarquía es, lo repetimos, la animadora permanente de todo progreso, de toda reivindicación de justicia, de todo impulso hacia la libertad. Y es en ese sentido que los anarquistas de una época y de un ambiente dados establecen su programa de acción y de trabajo, las bases y los objetivos inmediatos de su militancia y se convierten, para las grandes masas, en los símbolos de la lucha emancipadora. ¿Que la anarquía como concepción abstracta, filosófica, es más? Efectivamente, pero como movimiento combativo y revolucionario es tanto más sólida y está tanto más justificada cuanto más interpretada y tiende a realizar o a acelerar la madurez de las posibilidades progresivas de una época en un ambiente dado.

Consecuencia lógica de esa interpretación relativista es la variedad de táctica, es decir, del método para llevar a los hechos los anhelos del cerebro y del corazón.

Somos irreverentes con todo dogmatismo táctico y quisiéramos persuadir a los compañeros de que, así como no se debe perder nunca de vista el norte hacia el cual hemos de dirigir los pasos, la elección de los medios y de los caminos debe hacerse con la máxima amplitud en vista de la oportunidad y la conveniencia. Para los que no han comprendido bien nuestras cosas el método es más importante que la misma idea a realizar, pues ignoran que son muchos y múltiples los caminos que llevan a Roma."

Ideal y táctica, AR, p. 252.

CUADERNOS DE FORMACION

1. La persona fin en sí (Carlos Díaz) (3ª ed.)
2. El hombre y Dios (Carlos Díaz) (3ª ed.)
3. El sentido de la vida (José Seco) (2ª ed.)
4. Ser persona, no cosa (Orencio León) (2ª ed.)
5. Ser mujer (Mª Dolores Hoyos) (2ª ed.)
6. Una economía al servicio de la persona (José A. Moreno) (2ª ed.)
7. Introducción al concepto de persona (José Mª vegas) (2ª ed.)
8. Ética y jurídica: Los derechos humanos (Soedade López Campo) (2ª ed)
9. El hombre: constitución y destino (N. Lorenzo y V. Chillón)
10. Los nuevos movimientos sociales (Pepe Taberner)
11. Trabajo y paro (Antonio Calvo)
12. Propuestas para un mundo solidario (Agustín Domingo)
13. Por una cultura al servicio de la persona (Mª José Criado)
14. Sindicalismo y política (Félix García)
15. Macro y microeconomía (Félix Fernández de Aguirre)
16. Persona y rostro del otro (Ildefonso Murillo)
17. La autogestión (I) (Alfonso Gándara)
18. La autogestión (II) (Alfonso Gándara)
19. La economía hoy (Charo Prieto)
20. Por una escuela crítica (Pepe Medina y Javier Cortiguera)
21. La noviolencia (Pablo Simón)
22. Hacia un nuevo modelo energético (Federico Velázquez)
23. Optar por el Sur (José María Callejas)
24. Reencantamiento de la realidad en clave personalista (Chema Vegas)
25. Alteridad, ética y gratuidad (Margarita Díez)
26. Ecología y persona (Jesús Romero)
27. Valores y normas éticas (José Luis Martín y Rocío Martín)
28. Criterios personalistas en sanidad (Encarna Ayuso)
29. Líneas para una escuela personalista y comunitaria (Carlos Sureda)
30. Las nuevas tecnologías (José Manuel Alonso)

INSTITUTO EMMANUEL MOUNIER

Información y pedidos: Instituto E. Mounier. C/ Melilla, 10, 8º D. 28005 - MADRID. Tlfno: (91) 4731697. Suscripción completa ambas colecciones de cuadernos: 9.000 pts. (puede hacerse pago fraccionado: 4.5000 pts./año x 2 años). Fin de edición: Diciembre de 1992.